



Número 257
Diciembre 2024

HERALDOS DEL SOL



«El mundo
no lo conoció»

Hacer todo lo que es de las voluntades divinas

Preguntáis, mis queridas hijas, en qué consiste el puro amor de Dios. No consiste en saber lo que es bueno, ni en hablar de ello, ni en desearlo, ni tampoco en sentir grandes consuelos espirituales, porque muchas personas tienen todo eso y no dejan de estar llenas de amor a sí mismas y vacías de amor a Dios; el verdadero y puro amor consiste más bien en hacer todo lo que se sabe que es de las voluntades divinas y en observar atentamente todo lo que se ha consagrado y prometido, cada uno según su estado.

El puro amor no puede sufrir nada en el corazón que posee que no sea todo para él, y el alma que está profundamente tocada por él ya no se adhiere a la naturaleza.

Las que siguen en gran medida sus instintos naturales están muy lejos de esa pureza de amor, sobre todo porque la gracia y la naturaleza, el amor divino y el amor propio, no pueden subsistir juntos en un mismo corazón; es necesario que uno u otro perezca.

Preguntas cómo se puede conseguir la desconfianza de sí misma y la confianza en Dios.

Te respondo, hija mía, que se hace produciendo a menudo los consiguientes actos, no reconociéndonos más

que pura nada, acostumbrándonos a ver, en todo lo que sucede, la voluntad de Dios, que no hace nada por nosotros que no sea para nuestro bien. Debemos tener por muy preciosas las ocasiones de humillación, de contradicciones y de arideces, así como los abandonos y las repugnancias, que son medios que Dios nos da, por un amor incomparable, para enriquecernos y hacernos avanzar en los caminos de la perfección, si hacemos un buen uso de ello.



Reproducción

Santa Juana de Chantal, de Michael Fuchs -
Iglesia de Kaasgraben, Viena

SANTA JUANA DE CHANTAL.

Entretien LXX. In: «Sa vie et ses œuvres».

Paris: E. Plon et Cie, 1875,

t. II, pp. 470-471.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 257, Diciembre 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

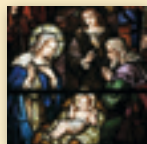
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

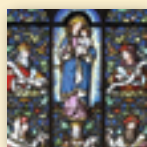
Escriben los lectores 4

El Fundador
de los fundadores (Editorial) 5



La voz de los Papas –
Brilla la gloria
sublime de Dios

6



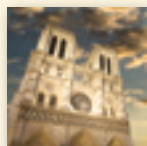
Comentario al Evangelio –
Vino para salvar
a los pecadores...

8



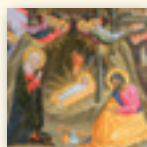
Nuestra Señora de
Guadalupe – Emperatriz
de las Américas

16



Notre Dame de París –
Catedral de extrema belleza,
alegría del mundo entero

20



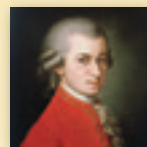
La maravillosa
fragancia de la Navidad

24



San Nicolás de Bari –
El famoso desconocido

28



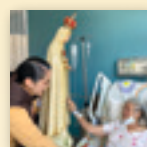
Wolfgang Amadeus Mozart –
Un músico llamado
a ser ángel

32



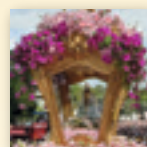
Serena, solícita, maternal

36



Heraldos en el mundo

40



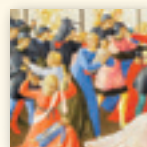
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



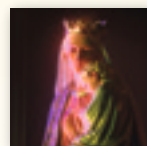
Historia para niños... –
Un cuento de abandono
y confianza

46



Los santos de
cada día

48



Reconciliando lo ínfimo
con lo supremo

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

«LA OBRA DE MONS. JOÃO PERDURARÁ ETERNAMENTE»

Amigos míos, muchas gracias por la información acerca de Mons. João. No la conocía íntegramente. Pronto tendremos otro santo brasileño canonizado, porque es imposible que un hombre de este talante no sea puesto en un altar como modelo a imitar y con poder de intercesión. La obra humano-divina de Mons. João perdurará eternamente para el crecimiento del Reino de Dios.

Los posibles comentarios maliciosos que se escuchen sobre la institución de los Heraldos quizá se lastren en el exceso de santidad, o en la fábula de la zorra que al no poder alcanzar unas uvas puso como excusa que no estaban maduras. Dice el proverbio latino que «la justicia exagerada se convierte en injusticia». Así pues, creo que la obra de Mons. João es tan grandiosa y santa que es casi imposible comprenderla; criticarla es más fácil.

Quien os escribe esta carta es un hombre de 86 años, amante de la Iglesia, ministro extraordinario de la sagrada comunión y que se encomienda a vuestras oraciones. Perdonadme mi atrevimiento y que Dios bendiga esta santa institución.

*José dos Santos Marques
São Paulo— Brasil*

«LA ACCIÓN DE DIOS PASA POR LOS BRASILEÑOS»

En el IV Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en septiembre de 1942, en São Paulo, el Dr. Plinio pronunció un magnífico discurso de saludo a las autoridades presentes, como leemos en el artículo «Nación

bienaventurada», de la edición de octubre. ¡Habría tanto que subrayar en este artículo!

El Dr. Plinio no deja de admirar, párrafo a párrafo, a ese país-continente y sus habitantes, viendo en él y en ellos el designio de Dios para Brasil y los brasileños. Nuestro profeta tenía un conocimiento profundo de quién es Dios y, por lo tanto, sabía cuál era el plan de la Providencia para la Tierra de la Santa Cruz.

*Fé Colao García
Gijón — España*

CUANTO MÁS LA CONOCEMOS, MÁS LA AMAMOS

Cuanto más conocemos a Dña. Lucilia, más la amamos. Y es muy difícil expresar con palabras toda la gratitud de haber conocido, hoy en día, a una persona que supo ser una madre y una esposa tan ejemplar.

*María de Lourdes Viana Miguel
Mairiporã — Brasil*

ACCIÓN DE GRACIAS POR CONOCER A DÑA. LUCILIA

He conocido a Dña. Lucilia por una consagración que estoy haciendo a nuestra Madre, María Santísima. ¡Qué bendición escuchar relatos de sus «milagros»!

Doy gracias por haberla conocido.

*Sandra Chiriboga Álvarez
Vía revistacatolica.org*

DEDICACIÓN Y AMOR PARA ANUNCIAR LA PALABRA DE DIOS

Felicito a todos los que trabajan con dedicación y amor para anunciar la Palabra de Dios a través de la revista *Heraldos del Evangelio*, que es muy agradable a Dios y a nuestros hermanos.

*Francisca Pereira da Silva
Nova Floresta — Brasil*

UNA LECTURA ENRIQUECEDORA

El contenido del artículo titulado «La Transfiguración del Señor y nuestra santificación» es sencillamente cautivador. La forma en que Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, aborda el tema es envolvente y esclarecedora. Enhorabuena por su excelencia en la presentación de información tan relevante.

Este artículo destaca por su calidad e impacto, aportando una lectura enriquecedora.

*Rodrigo Rogerio Silva
Vía revista.arautos.org*

CONJUNCIÓN DE GUERRERO Y SACERDOTE MISIONERO

Bellísima historia la de «Léon Bourjade, el caballero de los cielos», ese gran hombre que supo unir perfectamente el heroísmo del guerrero, que sabe que lucha por un alto ideal, y el alma sacerdotal y misionera que se inmola con ardor y alegría por una causa santa.

Ese desconocido personaje que describe Santiago Vieto Rodríguez en su artículo engrosará ciertamente el número de los santos de la Iglesia.

*Néstor
Vía revistacatolica.org*

INCENTIVO PARA UNA NUEVA VIDA

Santo Tomás, gracias por dejarnos tu legado. Leer tu vida, en el artículo «Tomás de Aquino, el Santo – Humildad, prudencia y piedad», de Fabio Henrique Resende Costa, realmente ha sido como un bálsamo para mi corazón alejado por un gran tiempo del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen María, ejemplo de humildad.

Su vida me hace nuevamente comenzar desde donde nunca debí haber salido, del camino del Señor.

*Cora de Lourdes Manzo Ahumada
Vía revistacatolica.org*

EL FUNDADOR DE LOS FUNDADORES

Todo lo que Dios hace emana de su infinita sabiduría. Fundó la tierra y los cielos, creó al hombre a su imagen y semejanza y, tras la culpa original, prometió la Redención por medio del Mesías.

Innumerables profecías señalaban a ese Ungido de Dios. Jeremías, por ejemplo, indicaba que sería de la descendencia de David (cf. Jer 23, 5); Miqueas, que nacería en Belén (cf. Miq 5, 1); Isaías, que una virgen concebiría y daría a luz un niño, que sería llamado Maravilla de Consejero, Dios fuerte, Padre de eternidad, Príncipe de la paz (cf. Is 7, 14; 9, 5).

Incluso la fecha aproximada de la venida de Cristo había sido prenunciada por Daniel, coincidiendo con el comienzo de la vida pública de Jesús, con ocasión de su bautismo en el Jordán (cf. Dan 9, 24-25). Gracias a estos y otros muchos vaticinios, quien conociera la Sagrada Escritura ciertamente no podía alegar ignorancia acerca de la llegada del Salvador.

De hecho, Herodes preguntó a los sumos sacerdotes y a los escribas dónde nacería el Mesías. A lo que respondieron, confirmando el conocimiento de las profecías: «En Belén de Judea» (Mt 2, 5). Así, esos mismos que debían acoger de una manera más especial al esperado de las naciones se convirtieron en cómplices de la primera persecución a Jesús, que culminó con la masacre de los inocentes.

Simeón, por su parte, profetizó que aquel niño sería un «signo de contradicción», que sería puesto «para que muchos en Israel caigan y se levanten» (Lc 2, 34). Pues bien, para construir edificios, siempre hay que despejar el terreno y retirar los escombros, antes de poner los cimientos.

Y eso fue precisamente lo que ocurrió. En tiempos de Nuestro Señor, la religión estaba carcomida por la obstinación de provecos fariseos. Era necesario romper con sus falsas tradiciones y restablecer el Templo, profanado incluso por mercaderes y cambistas.

En los comienzos de la vida pública del Redentor, la Providencia envió al último de los profetas, el Precursor, que «se llamaba Juan» (Jn 1, 6). El Bautista no era la Luz, pero vino a dar testimonio de ella. La Sabiduría divina les concedía así más oportunidades de reconocer en Jesús al Salvador de las naciones. Sin embargo, los supuestamente sabios en las cosas de este mundo se convirtieron en los mayores opositores de la nueva gracia: «Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron» (Jn 1, 11).

Los fariseos y sus secuaces esperaban un Mesías humano e incluso mundano, que satisficiera sus propios egoísmos. No contaban con que el plan de la Providencia superaba cualquier cálculo pragmático: el verdadero Mesías fundaría, bajo la égida del Paráclito, una Iglesia sobre la roca firme de Pedro y construida con las columnas de los Apóstoles.

Ahora bien, como enseña San Pablo, a éstos les siguen los profetas y aquellos que tienen la misión de enseñar (cf. 1 Cor 12, 28), entre los cuales se encuentran ciertamente los fundadores de institutos religiosos, cuya misión profética y doctrinaria es siempre capaz de renovar las gracias primaverales de la fundación de la Iglesia. Y, por participar en el sostenimiento de la Esposa Mística de Cristo, sus imágenes están insertadas simbólicamente en los nichos de la basílica de San Pedro.

El Mesías vino a este mundo para redimir a la humanidad y fundar una única Iglesia. Pero su presencia y acción se perpetúan a lo largo de los siglos a través de los fundadores, que participan más especialmente de su misión redentora y son capaces de edificar a otras almas. Constituyen, en cada época histórica, el reflejo de la Luz que «vino a los suyos». A nosotros nos corresponde recibirlos... ✦



Niño Jesús -
Casa de los
Heraldos del
Evangelio, Quito

Foto: Juan Carlos Villagómez



Brilla la gloria sublime de Dios

La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría. Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en la noche de Belén vemos algo de su luz.

«**T**ú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». La Iglesia comienza la liturgia de la Noche Santa con estas palabras del salmo segundo. Ella sabe que estas palabras pertenecían originariamente al rito de la coronación de los reyes de Israel. El rey, que de por sí es un ser humano como los demás hombres, se convierte en «hijo de Dios» mediante la llamada y la toma de posesión de su cargo: es una especie de adopción por parte de Dios, un acto de decisión, por el que confiere a ese hombre una nueva existencia, lo atrae en su propio ser.

La lectura tomada del profeta Isaías, que acabamos de escuchar, presenta de manera todavía más clara el mismo proceso en una situación de turbación y amenaza para Israel: «Un hijo se nos ha dado: lleva sobre sus hombros el principado» (9, 5). La toma de posesión de la función de rey es como un nuevo nacimiento. Precisamente como recién nacido por decisión personal de Dios, como niño procedente de Dios, el rey constituye una esperanza. El futuro recae sobre sus hombros. Él es el portador de la promesa de paz.

Nace una nueva realeza...

En la noche de Belén, esta palabra profética se ha hecho realidad de un modo que habría sido todavía inimaginable en tiempos de Isaías.

Sí, ahora es realmente un niño el que lleva sobre sus hombros el poder. En Él aparece la nueva realeza que Dios establece en el mundo. Este niño ha nacido realmente de Dios. Es la Palabra eterna de Dios, que une la humanidad y la divinidad.

Para este niño valen los títulos de dignidad que el cántico de coronación de Isaías le atribuye: Consejero admirable, Dios poderoso, Padre por siempre, Príncipe de la paz (cf. Is 9, 5).

... que supera toda expectativa

Sí, este rey no necesita consejeros provenientes de los sabios del mundo. Él lleva en sí mismo la sabiduría y el consejo de Dios. Precisamente en la debilidad como niño Él es el Dios fuerte, y nos muestra así, frente a los poderes presuntuosos del mundo, la fortaleza propia de Dios.

A decir verdad, las palabras del rito de coronación en Israel eran siempre sólo ritos de esperanza, que preveían a lo lejos un futuro que sería otorgado por Dios. Ninguno de los reyes saludados de este modo se correspondía con lo sublime de dichas palabras. En ellos, todas las palabras sobre la filiación de Dios, sobre su designación como heredero de las naciones, sobre el dominio de las tierras lejanas (Sal 2, 8), quedaron sólo como referencia a un futuro; casi como carteles que señalan la esperanza, indicaciones que guían hacia un futuro,

que en aquel entonces era todavía inconcebible.

Por eso, el cumplimiento de la palabra que da comienzo en la noche de Belén es a la vez inmensamente más grande y —desde el punto de vista del mundo— más humilde que lo que la palabra profética permitía intuir. Es más grande, porque este niño es realmente Hijo de Dios, verdaderamente «Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre». Ha quedado superada la distancia infinita entre Dios y el hombre. Dios no solamente se ha inclinado hacia abajo, como dicen los salmos; Él ha «descendido» realmente, ha entrado en el mundo, haciéndose uno de nosotros para atraernos a todos a sí. [...]

«Muestra tu poder»

Pero también es cierto que no se ha roto la «vara del opresor». También hoy siguen marchando con estruendo las botas de los soldados y todavía hoy, una y otra vez, queda la «túnica empapada de sangre» (Is 9, 3-4).

Así, forma parte de esta noche la alegría por la cercanía de Dios. Damos gracias porque el Dios niño se pone en nuestras manos, mendiga, por decirlo así, nuestro amor, infunde su paz en nuestro corazón. Esta alegría, sin embargo, es también una oración: Señor, cumple por entero tu promesa. Quiebra las varas de los opresores. Quema

las botas resonantes. Haz que termine el tiempo de las túnicas ensangrentadas. Cumple la promesa: «La paz no tendrá fin» (Is 9, 6). Te damos gracias por tu bondad, pero también te pedimos: muestra tu poder. Erige en el mundo el dominio de tu verdad, de tu amor; el «reino de justicia, de amor y de paz». [...]

Un himno de alegría de la gloria de Dios

El Evangelio de Navidad nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el Cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama» (Lc 2, 14).

La Iglesia ha amplificado en el *Gloria* esta alabanza, que los ángeles entonaron ante el acontecimiento de la Noche Santa, haciéndola un himno de alegría sobre la gloria de Dios. «Por tu gloria inmensa, te damos gracias». Te damos gracias por la belleza, por la grandeza, por tu bondad, que en esta noche se nos manifiestan.

La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres sin tener que preguntarnos por su utilidad. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría. Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz.

Un llamamiento a nuestra correspondencia

Pero el mensaje de los ángeles en la Noche Santa habla también de los hombres: «Paz a los hombres que Dios ama». La traducción latina de



El amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, debe ser seguido por nuestra respuesta libre y generosa, que Él espera y que incluso nos ruega en el nacimiento de su Hijo

La adoración de los pastores

estas palabras, que usamos en la liturgia y que se remonta a San Jerónimo, suena de otra manera: «Paz a los hombres de buena voluntad». La expresión «hombres de buena voluntad» ha entrado en el vocabulario de la Iglesia de un modo particular precisamente en los últimos decenios. Pero ¿cuál es la traducción correcta?

Debemos leer ambos textos juntos; sólo así entenderemos la palabra de los ángeles del modo justo. Sería equivocada una interpretación que reconociera solamente el obrar exclusivo de Dios, como si Él no hubiera llamado al hombre a una libre respuesta de amor. Pero sería también errónea una interpretación moraliza-

dora, según la cual, por decirlo así, el hombre podría con su buena voluntad redimirse a sí mismo.

Ambas cosas van juntas: gracia y libertad; el amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, y nuestra respuesta, que Él espera y que incluso nos ruega en el nacimiento de su Hijo. [...]

Música que viene de Dios

Lucas no dice que los ángeles cantaran. Él escribe muy sobriamente: el ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el Cielo...» (Lc 2, 13-14). Pero los hombres siempre han sabido que el hablar de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente esta noche del mensaje gozoso ha sido un canto en el que ha brillado la gloria sublime de Dios.

Por eso, este canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios,

más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. «*Cantare amantis est*», dice San Agustín: cantar es propio de quien ama. Así, a lo largo de los siglos, el canto de los ángeles se ha convertido siempre en un nuevo canto de amor y alegría, un canto de los que aman.

En esta hora, nosotros nos asociamos llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une Cielo y tierra, ángeles y hombres. ✧

Fragmentos de:
BENEDICTO XVI.
Homilía, 24/12/2010.

EVANGELIO

¹ Libro del origen de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán. ² Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob, Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. ³ Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zará, Fares engendró a Esrón, Esrón engendró a Arán, ⁴ Arán engendró a Aminadab, Aminadab engendró a Naasón, Naasón engendró a Salmón, ⁵ Salmón engendró, de Rajab, a Booz; Booz engendró, de Rut, a Obed; Obed engendró a Jesé, ⁶ Jesé engendró a David, el rey. David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón, ⁷ Salomón engendró a Roboán, Roboán engendró a Abías, Abías engendró a Asaf, ⁸ Asaf engendró a Josafat, Josafat engendró a Jorán, Jorán engendró a Ozías, ⁹ Ozías engendró a Joatán, Joatán engendró a Acáz, Acáz engendró a Ezequías, ¹⁰ Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a Amós, Amós engendró a Josías; ¹¹ Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos, cuando el destierro de Babilonia.

¹² Después del destierro de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel engendró a Zorobabel, ¹³ Zorobabel engendró a Abiud, Abiud engendró a Eliaquín, Eliaquín engendró a Azor, ¹⁴ Azor engendró a Sadoc, Sadoc engendró a Aquín, Aquín engendró a Eliud, ¹⁵ Eliud engendró a Eleazar, Eleazar engendró a Matán, Matán engen-

dró a Jacob; ¹⁶ y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. ¹⁷ Así, las generaciones desde Abrahán a David fueron en total catorce; desde David hasta la deportación a Babilonia, catorce; y desde la deportación a Babilonia hasta el Cristo, catorce.

¹⁸ La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que Ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

¹⁹ José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. ²⁰ Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en Ella viene del Espíritu Santo. ²¹ Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados».

²² Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta: ²³ «Mirad: la Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Enmanuel, que significa “Dios con nosotros”».

²⁴ Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y acogió a su mujer. ²⁵ Y sin haberla conocido, Ella dio a luz un hijo al que puso por nombre Jesús (Mt 1, 1-25).



Árbol de Jesé - Iglesia de Nuestra Señora de Roscudon, Pont-Croix (Francia)

Vino para salvar a los pecadores...

Al presentar la genealogía de Jesucristo, San Mateo destaca que el Verbo asumió la carne de la humanidad pecadora para sanar todas sus carencias.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I — LA PREPARACIÓN INMEDIATA PARA EL NACIMIENTO DE DIOS

Después del período de las cuatro semanas de Adviento, la Misa de la vigilia, en la perspectiva de la conmemoración de la llegada del Niño Jesús, propicia que las gracias ya empiecen a hacerse sentir, llenando de alegría nuestros corazones. Estas gracias, distribuidas en el mundo entero alrededor del altar, cuando Él viene hasta nosotros todos los días en la Eucaristía, se vuelven más intensas en esta solemnidad en la que celebramos, litúrgica y místicamente, al Verbo que se hizo carne en medio de nosotros, jubiloso acontecimiento que se nos anuncia por el cántico de los ángeles.

Por lo tanto, debemos arder en deseos de que el divino Infante venga no sólo al pesebre de la gruta de Belén, sino a nuestro interior para que establezca allí su morada, y que también pueda nacer, cuanto antes y de modo eficaz, en el fondo del alma de cada uno de los habitantes de la tierra, realizándose lo que Él mismo nos enseñó a pedir en la oración perfecta, repetida por la Iglesia a lo largo de dos mil años: «Venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el Cielo» (Mt 6, 10).

II — UN DIOS DE ASCENDENCIA HUMANA

¿Cuál fue el momento histórico que Dios eligió para encarnarse?

No convenía, según explica Santo Tomás de Aquino,¹ que el Salvador llegara inmediatamente

después de la caída de Adán y Eva en el paraíso; dado que la raíz del pecado fue la soberbia, era menester que el hombre —humillado ante el espectáculo de su miseria— reconociese la necesidad de un libertador, porque si recibiese enseguida el remedio, ignorando su enfermedad, habría despreciado al Creador. Añade aún el Doctor Angélico² que tampoco hubiera sido adecuado que la Encarnación se retrasase hasta el fin del mundo, para que no desapareciera totalmente de la faz de la tierra el conocimiento y la reverencia debida a Dios, así como la honestidad de las costumbres.

La plenitud de los tiempos

Así pues, concluimos que, como «Dios ha fijado sabiamente todas las cosas»,³ Cristo nació en la «plenitud de los tiempos» (Gál 4, 4), en el auge de la historia, en la época reservada a Él por ser la más oportuna y la más necesitada. Por consiguiente, es en función de Él, y no únicamente siguiendo un criterio cronológico, que se dividen las edades y todo se organiza y se ajusta. Puesto que el actuar de la Providencia sobre el mundo se cifra en gobernar teniendo en vista su propia gloria y la salvación de los hombres, el papel del Señor, en cuanto Salvador, lo pone aún más en el centro de los acontecimientos.

La misión de Jesús, ejercida en un marco histórico determinado, está puesta con especial destaque —irrelevante en apariencia— en la primera parte del Evangelio que la Santa Iglesia propone

*Jesucristo
nació en la
plenitud de
los tiempos,
en el auge de
la historia,
época
reservada a
Él por ser la
más oportuna
y la más
necesitada*

Al describir la genealogía de Nuestro Señor, el evangelista tuvo la intención de subrayar la humanidad de Cristo, demostrando que Él es verdadero hombre, pero concebido por acción divina

Gustavo Kralj



El sueño de San José - Plaza de España, Roma

para nuestra consideración en esta vigilia. Habiendo explicado con detalle los versículos 18-25 de este pasaje en otro artículo,⁴ nos limitaremos a comentar los versículos 1-17.

Dios y hombre en una sola persona

^{1a} Libro del origen de Jesucristo,...

Uno de los principales misterios de nuestra fe es la unión de la naturaleza divina con la humana en la persona única del Verbo. Jesús es verdaderamente hombre, con inteligencia, voluntad y sensibilidad, además de haber asumido un cuerpo padeciente; y es plenamente Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad. En virtud de la unión hipostática, fue comunicada a la humanidad de Cristo —tanto a su alma como a su cuerpo— la santidad increada, substancial e infinita del Hijo de Dios, como enseña el Apóstol: «En Él habita la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2, 9). Su cuerpo es adorable a causa de esa gracia de unión, e incluso sus huesos, su cabello o sus uñas, ¡todo es divino!

Ahora bien, parece innecesario exponer toda la ascendencia de Jesucristo desde Abrahán, enumerada con eximio cuidado por el evangelista, si ya sabemos quién es Él. ¿Para qué considerar la naturaleza humana del Mesías, una vez que el principio activo de su concepción en el seno de María es el mismo Espíritu Santo⁵ y que, por tanto, su concepción es obra divina? ¿Por qué incluir esta relación de los antepasados de Jesús, similar a un registro notarial? En la Sagrada Escritura

todo tiene una razón de sabiduría y el Espíritu Santo fue el que inspiró a San Mateo a que lo escribiera así, como también a San Lucas, que, a diferencia del método usado por el primero, parte de San José y se remonta hasta Adán (cf. Lc 3, 23-38).

Cuando la Iglesia Católica empezó a expandirse por la predicación de los Apóstoles era indispensable que al enseñar la doctrina preparase muy bien a los neófitos. Aunque en la actualidad las verdades de la religión se nos presentan con toda naturalidad, en aquella época parecía

algo absurdo defender ciertos conceptos. A unos les resultaba fácil admitir que el Salvador fuera hombre; mientras que a otros, como los judíos conversos, la fe los llevaba a recibir rápidamente el dogma de la divinidad del Señor. El gran problema estaba en aceptar que Él fuese hombre y Dios al mismo tiempo. Y se planteaban, en los primeros siglos, cuestiones profundas al respecto y objeciones contra la persona de Jesús que perturbaban a aquella gente a la que los Apóstoles habían de instruir: «¿Será hombre?». «¿Dónde nació?». «¿De quién es hijo?». «¿Cómo puede Dios ser hijo de una mujer?». «¿De dónde le viene tanta fuerza?».

La intención de San Mateo fue, por tanto, mostrar, subrayar y resaltar la humanidad de Cristo, probando a través de esas cuarenta y dos generaciones que Él es hombre, nacido de mujer. Hombre con genealogía, hombre hijo de Adán y de Eva, que posee una naturaleza humana íntegra, concebido en la carne, pero por mano de Dios, de modo completamente milagroso e inefable. De este modo, la Virgen María, mera criatura, por haber dado su consentimiento y haber proporcionado la materia para la formación del cuerpo de Jesús, es Madre de Dios.

El simbolismo de los números

El número cuarenta y dos es simbólico, porque, en realidad, estas generaciones abarcan una enorme franja de tiempo —alrededor de unos 2.130 años, según Fillion⁶— y deben haber sido muchas más. El evangelista las divide en tres con-

juntos de catorce: desde Abrahán hasta David, de David hasta el exilio de Babilonia y de éste hasta el Mesías. «Gustaban los judíos de dividir sus genealogías en grupos más o menos ficticios, conforme a cifras místicas fijadas de antemano».⁷ En este caso, se explica la elección de catorce por el hecho de ser dos veces siete, número considerado en la literatura judaica como la cifra simbólica de multiplicidad, de universalidad y de perfección. Así, el número perfecto duplicado se repite tres veces, porque el tres también es un número perfecto.⁸ Sobre esto es interesante la aplicación que hace San Remigio: «Dividió las generaciones en series de catorce cada una, porque el número diez significa el decálogo, y el número cuatro los cuatro libros del Evangelio, mostrando en esto la conformidad de la ley con el Evangelio, y repitió tres veces el número catorce, para enseñarnos que la perfección de la ley, de la profecía y de la gracia consiste en creer en la Santa Trinidad».⁹

Otra interpretación que los exegetas proponen está basada en la intención que animaba al primer evangelista de probar la ascendencia davídica de Jesús, pues «el número catorce tenía la ventaja de incluir eminentemente al siete, número sagrado, y de representar el valor numérico del nombre de David, verdadera fuente de esta genealogía».¹⁰ En efecto, «dado que las letras hebreas tienen, además del significado verbal, otro numérico, resulta que el nombre de las letras de David en cifras es el siguiente: David = 4 + 6 + 4, cuya suma da 14».¹¹

El depositario de la promesa hecha a Abrahán

^{1b} ... hijo de David, hijo de Abrahán.

² Abrahán engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob,...

Cuando Dios maldijo a la serpiente justo después de la caída de Adán y Eva, les prometió que enviaría un Salvador (cf. Gén 3, 15), sin haber hecho aún una alianza concre-

ta con ellos. Expulsados del paraíso, durante su larga existencia nuestros primeros padres vieron cómo la tragedia se establecía en la faz de la tierra, a partir del fratricidio perpetrado por Caín contra su hermano Abel, así como todas las desgracias que después se abatieron sobre la humanidad, derivadas de un mal del cual ellos mismos eran los culpables: ¡el pecado!

Sólo más tarde Dios haría una alianza con Abrahán, anunciándole una descendencia más numerosa que las estrellas del cielo y la arena de la playa (cf. Gén 15, 18; 22, 17). A primera vista, pareciera tratarse aquí de una posteridad en cuanto a la sangre, pero al hacer tal juramento, en realidad, Dios le estaba prometiendo sobre todo hijos en una línea sobrenatural, porque de su linaje nacería un varón extraordinario, el Salvador esperado. Por lo tanto, cuando describe la ascendencia de Jesús, San Mateo empieza en el santo patriarca de propósito y concluye diciendo:

¹⁶ y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

Cristo era justamente el Deseado, que vino a redimir. Pensar en un Dios que se hace hombre supera de tal modo cualquier inteligencia —incluso la angélica— que de no ser por la revelación hecha por el propio Señor ni siquiera entraría en la especulación de los judíos. No obstante, ese insólito acontecimiento sucedió.

Cuando estableció una alianza con el patriarca Abrahán, Dios le prometió sobre todo una posteridad sobrenatural, pues de su linaje nacería el Salvador esperado



«Los tres ángeles en la casa de Abrahán», de Barent Fabritius - Museo de Bellas Artes, Arras (Francia)

Francisco Lecaros

Recorriendo la secuencia de los antepasados del Salvador, encontramos los nombres de algunos cuyo número y gravedad de sus pecados causan escalofríos y asombro a primera vista

Cuatro mujeres extranjeras

^{2b} ... Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. ^{3a} Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zará, [...] ^{5a} Salmón engendró, de Rajab, a Booz; Booz engendró, de Rut, a Obed [...] ^{6b} David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón,...

En contraste con la destacada referencia a Abrahán, patriarca del pueblo elegido, llama la atención el hecho de que San Mateo incluya a cuatro mujeres extranjeras dentro de esas cuarenta y dos generaciones: Tamar, que probablemente fuera cananea; Rajab, también cananea; Rut, la moabita; y Betsabé, esposa del hitita Urías, que parece ser del mismo origen que su marido. Según la opinión del P. Manuel de Tuya,¹² la intención del evangelista era sugerir, de manera indirecta, el carácter universal de la Encarnación y de la Redención, y de toda la obra mesiánica, no circunscrita sólo a los judíos, sino que abarcaba a las naciones paganas.

Una genealogía de pecadores

Se vuelve prácticamente imposible comentar en el reducido espacio de un artículo la genealogía completa. Elijamos, pues, un aspecto para mayor provecho de nuestra vida espiritual.

Dentro de esa secuencia sorprende un punto, que va en contra de un perfeccionismo mal entendido. Según éste, el linaje del Señor debería ser el más elevado y excelente en cuanto a virtud se refiere. Sin embargo, al analizar algunos nombres a la luz de la historia sagrada, el número y gravedad de sus pecados nos causan escalofríos.

Un patriarca dominado por la envidia

^{2b} ... Jacob engendró a Judá y a sus herma-

nos. ^{3a} Judá engendró, de Tamar, a Fares y a Zará,...

Judá, uno de los doce hijos del patriarca Jacob, dio origen a la principal tribu del pueblo hebreo y es uno de los más ilustres antepasados de Jesús. Ahora bien, la envidia por su joven hermano José lo llevó a cometer un gran crimen. Maquinó junto con todos sus otros hermanos la trama de hacer desaparecer al inocente José. Judá tan sólo defendió la vida del pequeño, pero no su libertad; al contrario, propuso venderlo como esclavo a mercaderes ismaelitas (cf. Gén 37, 26-27).

Además, también es conocido el desagradable episodio ocurrido entre él y su nuera Tamar, la cual por medios fraudulentos le dio dos hijos, Fares y Zará (cf. Gén 38, 13-30), igualmente nombrados en el Evangelio de hoy.

Una mujer de malas costumbres

^{5a} Salmón engendró, de Rajab, a Booz;...

Lo mismo observamos en el caso de Salmón, príncipe de los judíos, casado con la cananea Rajab, mujer de malas costumbres de los tiempos de Josué (cf. Jos 2, 1-21). Para tomar posesión de la tierra prometida era imprescindible que los israelitas conquistasen la ciudad de Jericó, considerada inexpugnable. De hecho, no podían ignorar esa fortaleza y seguir adelante, pues serían atacados por la retaguardia. Entonces Josué mandó a dos espías para que examinaran las posibilidades de dominar la ciudad. Éstos fueron protegidos y bien informados por aquella mujer, que vivía en una casa adosada a las murallas, con la condición de que ella fuera salvada junto con toda su familia cuando los judíos asaltasen Jericó.



Francisco Lecaros

José es vendido por sus hermanos - Iglesia de San Pedro y San Pablo, Les Mureaux (Francia)

Cuando unos emisarios del rey de Jericó llegaron a la residencia de Rajab en busca de los exploradores que se hospedaban allí, ella los escondió entre unos haces de lino que tenía apilados en su azotea; luego los ayudó a escapar descolgándolos por una ventana con una soga. Por ese motivo, cuando el Señor entregó Jericó en las manos de Josué, la mujer y sus parientes se libraron de la muerte y ella pasó a vivir en medio de Israel (cf. Jos 6, 25). Rajab, «justificada por sus obras» (Sant 2, 25), aunque era extranjera, abrazó la verdadera religión y se casó con Salmón, de quien nació Booz, bisabuelo del rey David.

Dos pecados terribles reunidos en un rey santo

^{6b} David, de la mujer de Urías, engendró a Salomón,...

La Sagrada Escritura subraya que el rey David engendró a Salomón de la que fuera mujer de Urías: Betsabé. Urías era un famoso general de los ejércitos de David. Mientras se encontraba en una campaña militar, el rey, que se había quedado en Jerusalén, cometió adulterio con Betsabé, que concibió un hijo. Después de haber llamado al oficial para que regresara a la Ciudad Santa a fin de que su presencia justificase los hechos y no habiendo sido exitoso su propósito, el rey entonces envió una carta al mando militar ordenándoles que pusieran a Urías en el lugar más arriesgado del combate, con el objetivo de que fuese herido y muriese. Una vez ejecutado lo mandado, Urías cayó heroicamente en la batalla, como era de esperar, y David, avisado de lo ocurrido, tomó a Betsabé como esposa. El profeta Natán reprendió al soberano, anunciándole que el niño que había nacido de ese pecado moriría, y fue lo que ocurrió. Con todo, David tuvo con ella un segundo hijo, al que llamó Salomón (cf. 2 Sam 11-12, 1-24). Es verdad que éste no fue el fruto del crimen, pero Dios podía evitar que un antepasado de Jesús fuese hijo de Betsabé, reservando tal honor a otra mujer. No. Permitió la infidelidad de un rey santo y quiso que el Mesías proviniese de la descendencia de ella.

Una secuencia de reyes prevaricadores

^{7a} Salomón engendró a Roboán, [...] ^{9b} Joatán engendró a Acáz, Acáz engendró a Ezequías, ^{10a} Ezequías engendró a Manasés, Manasés engendró a Amós,...



El profeta Natán reprende a David - Iglesia de San Juan y San Martín, Schwabach (Alemania)

El rey Salomón, galardonado por Dios con el don de sabiduría, decayó hasta el punto de mantener relaciones con numerosas mujeres paganas, hasta acabar, en determinado momento, él mismo entregado a la idolatría (cf. 1 Re 11, 4-10). Una de sus esposas, Nanmá, de origen amonita (cf. 1 Re 14, 21), le dio a Roboán por hijo, quien heredó el reino.

Este joven monarca «abandonó la ley del Señor» (2 Crón 12, 1), y durante su reinado el pueblo de Judá construyó «santuarios, cipos y estelas en toda colina elevada, bajo todo árbol frondoso» (1 Re 14, 23), para rendir culto a los ídolos. Igual proceder siguió la mayoría de los reyes de Judá que le sucedieron.

Acáz, por ejemplo, llegó a arrojar a su hijo a la hoguera en una ceremonia en honor a Moloc, «según la abominable costumbre de las naciones que el Señor había expulsado ante los hijos de Israel» (2 Re 16, 3). También osó confiscar los bienes y objetos sagrados del templo para darlos en obsequio al rey de Asiria y sustituir el altar de bronce por otro, construido según el modelo de Damasco.

Dios podría haber impedido que un antepasado de Jesús fuera hijo de Betsabé, pero no; permitió la infidelidad de David y quiso que el Mesías proviniera de la descendencia de ella

*Jesús vino
sobre todo para
salvar a los
pecadores y,
admitiéndolos
en su
ancestralidad,
quiso mostrar
que Dios no
los rechaza*

Manasés, nieto de Acáz, fue todavía peor que todos sus antecesores, porque además de adorar a las divinidades de los paganos y de caer en horrosos pecados de impureza y de magia «derramó tanta sangre inocente que inundó Jerusalén de punta a punta» (2 Re 21, 16).

Amós, su hijo, siguió los pasos de su padre, postrándose ante falsos dioses (cf. 2 Re 21, 21) y manteniendo, incluso, a personas de pésima vida dentro del mismo Templo de Jerusalén, las cuales no sólo ejercían execrables funciones, sino que tejían velos para el ídolo Aserá (cf. 2 Re 23, 7).

La lista de los pecados cometidos por esos reyes infieles podría alargarse mucho. No obstante, los hechos descritos más arriba parecen suficientes para que entendamos la «calidad» de algunos antepasados de Jesucristo, que San Mateo no creyó conveniente dejar de lado en su genealogía y que por inspiración del Espíritu Santo mencionó explícitamente.

III – SE HIZO HOMBRE PARA DIVINIZARNOS

Al tomar conocimiento de todas esas abominaciones nos quedamos impresionados y enseñada nos preguntamos cuál fue la razón de que Dios las tolerase. ¿Por qué el Salvador había consentido y querido que en su linaje constase gente de vida disoluta? Conocía esos errores desde siempre y podía eliminarlos en un instante.

Vino a reparar y a salvar

Sin embargo, no los eliminó y permitió que se realizasen para que la acción de la Providencia quedara más clara: Jesús, al nacer de una virgen concebida sin pecado original, bajo los cuidados

de José, varón santísimo, vino a reparar las iniquidades de Adán y Eva, de todos sus antepasados y de la humanidad entera. Vino, ante todo, para salvar a los pecadores y, admitiéndolos en su ascendencia, daba a entender que Dios no sólo acepta a los inocentes, sino también a los que incurren en faltas.

«Él vino a la tierra —dice San Juan Crisóstomo— no para huir de nuestras ignominias, sino para tomarlas sobre sí mismo. [...] No sólo es justo que nos maravillemos de que tomara carne y se hiciera hombre, sino de que se dignara tener parientes tales, sin avergonzarse para nada de nuestras miserias. Desde la cuna, pues, proclamó que no se avergüenza de nada nuestro».¹³

Por lo tanto, pone un punto final a esa cadena de miserias con una gloria extraordinaria, porque si los hombres fuesen perfectos no se justificaría la Redención, conforme canta la Iglesia en la liturgia de la Pascua: «Necesario fue el pecado de Adán, que ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!».¹⁴

Para ser perdonado, es necesario conocer las propias miserias

Entre esos pecadores está David, que por medio de un sublime arrepentimiento mereció pasar a la Historia como «el penitente».

Entonces, ¿qué es necesario de nuestra parte? Humildad, reconocimiento de nuestros propios defectos, pedido de perdón y penitencia. Debemos confiar en la bondad infinita y en el deseo de perdonar del Señor, porque Él se alegra de eso. Nunca desesperemos si el pecado acaba manchando nuestra vida, pues, aunque hayamos errado, si sabemos implorar misericordia y reparar la ofensa, de ahí saldrán maravillas, tal y como de la

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 1, a. 5.

² Cf. *Idem*, a. 6.

³ *Idem*, a. 5.

⁴ Cf. CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «Dos silencios que cambiaron la Historia». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. N.º 89 (dic, 2010); pp. 10-17; Comentario al Evangelio del IV Domingo de Adviento – Ciclo

A, en el vol. I de la colección *Lo inédito sobre los Evangelios*.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, op. cit., q. 32, a. 2; a. 3, ad 1.

⁶ Cf. FILLION, Louis-Claude. *Vida de Nuestro Señor Jesucristo. Infancia y Bautismo*. Madrid: Rialp, 2000, t. I, p. 172.

⁷ *Idem*, p. 173.

⁸ Cf. TUYA, OP, Manuel de. *Biblia Comentada. Evangelios*. Madrid: BAC, 1964, t. V, pp. 418; 878; SCHUSTER, Ignacio; HOLZAMMER, Juan B. *Historia Bíblica. Antiguo Testamento*. Barcelona: Litúrgica Española, 1934, t. I, pp. 88-89; 586-587, nota 7. TUYA, OP, Manuel de; SALGUERO, OP, José. *Introducción a la Biblia*. Madrid: BAC, 1967, t. II, pp. 37-38.

⁹ SAN REMIGIO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea*. In *Matthæum*, c. I, v. 17.

¹⁰ LE CAMUS, Emile. *La vita di N. S. Gesù Cristo*. 3.ª ed. Brescia: Vescovile Queriniana, 1908, t. I, p. 130.

¹¹ TUYA; SALGUERO, op. cit., p. 38. En el antiguo alfabeto hebreo no existía un registro de vocales, además cada letra

ascendencia de Jesús nació Dios. Si somos completamente inocentes, estemos seguros de que esa inocencia proviene de la gracia; si caemos en alguna falta, recordemos que la Virgen puede purificarnos, cubriéndonos con su manto y haciéndonos capaces de obras grandiosas.

¡Cuántos Padres y doctores comentan el misterio de Dios haberse hecho hombre a fin de hacernos dioses!¹⁵ En efecto, es lo que ocurre en el momento en que las aguas del Bautismo son derramadas en nuestra cabeza: la naturaleza divina es infundida en nosotros.

Nuestro corazón, gruta inhóspita en la que Dios quiere nacer

La Natividad del Niño Jesús, máximo acontecimiento en toda la historia de la creación, está impregnada del pensamiento de la misericordia,

de la bondad y del perdón concedido a quien lo pide. La Misa de la vigilia, con la que comienza la solemnidad, trae a nuestra memoria ese punto, presentándonos una genealogía en la cual encontramos la marca del insuperable amor de Dios con la humanidad. Por eso permanezcamos en la expectativa de su venida que se producirá en esta noche santa. Nacerá litúrgicamente, pero bajará también al corazón de cada uno de nosotros. Sin embargo, no podemos decirle: «Ven ahora, Señor, a nacer dentro del palacio de mi corazón...». Antes, para que pueda venir con todo esplendor, es necesario que nuestra alma se reconozca como es: una gruta fría, inhóspita, ofreciéndole únicamente un pobre pesebre lleno de paja, símbolo de nuestra miseria y de nuestras carencias, todo por Él elegido para ser recibido y que tanto desea transformar. ✧

Pidamos al Niño Dios que transforme nuestras almas, grutas inhóspitas y frías por sus miserias, pero elegidas para ser habitadas por Él



«La Natividad», de Zanobi Strozzi - Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

recibía un valor numérico. El nombre David (דוד) estaba compuesto por las letras *dalet* (ד) y *waw* (ו), cuyos valores eran 4 y 6, respectivamente, y sumaban el simbólico resultado de 14.

¹² Cf. TUYA, op. cit., p. 24.

¹³ SAN JUAN CRISÓSTOMO. «Homilias sobre el Evangelio de San Mateo. Homilía III, n.º 2».

In: *Obras*. 2.ª ed. Madrid: BAC, 2007, t. I, p. 42.

¹⁴ VIGILIA PASCUAL. «Pregón pascual». In: MISAL ROMANO. Texto unificado en lengua española. Edición típica aprobada por la Conferencia Episcopal Española y confirmada por la Congregación para el Culto Divino. 17.ª ed. San Adrián del Besós: Coeditores Litúrgicos, 2001, p. 282.

¹⁵ Cf. SAN AGUSTÍN. «Sermo CXCI». In *Natali Domini*, IX, c. 1, n.º 1; SAN LEÓN MAGNO. «Sermo XXVI». In *Nativitate Domini*, VI, c. 2; SAN IRINEO DE LYON. *Adversus haereses*. L. III, c. 19, n.º 1; SAN ATANASIO DE ALEJANDRÍA. *Oratio De Incarnatione Verbi*, 54; SAN CIPRIANO DE CARTAGO. *Quod idola dii non sint*, 11; SAN HILARIO

DE POITIERS. *De Trinitate*. L. IX, n.º 3. SAN GREGORIO NACIANCENO. «Oratio XL». In *Sanctum Baptisma*, n.º 45. SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA. *Thesaurus de sancta et consubstantiali Trinitate*. Assertio XXIV; SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Officium Corporis Christi* («Sacerdos»). Vesp. I, lect. 1.

Emperatriz de las Américas

En medio de las tinieblas de un paganismo brutal, surge un manto milagroso. En él se dibuja una Madre y una Reina «vestida de sol, y la luna bajo sus pies»; en la Reina destaca una mirada; la mirada encierra un continente.

✠ **Matheus Henrique Vieira Gavioli**



Para los doce primeros apóstoles franciscanos que, a petición de Hernán Cortés, llegaron desde España a tierras mexicanas en el siglo XVI, no fue tarea fácil difundir la luz de la fe en las densas tinieblas idolátricas que allí imperaban.

En lo alto de las pirámides aztecas se arrancaban diariamente los corazones aún latentes de víctimas humanas. Sólo en la dedicación del templo de Huichilobos, por ejemplo, fueron sacrificados 80.400 hombres: entregados a la deidad, su sangre untó las paredes y los escalones de la pirámide, y su carne sirvió de festín al pueblo caníbal.¹

Y los corazones que no fueron inmolados en los altares de la idolatría, ni consagrados a las mesas antropofágicas, estaban destinados ya en aras de la guerra: «Tu oficio y facultad es la guerra», se le decía al recién nacido, «tu oficio es dar a beber al sol con sangre de los enemigos».² El continente americano parecía dedicado a permanecer para siempre bajo el dominio de los infiernos.

Parecía... hasta el 9 de diciembre de 1531.

Una música, una voz, una Señora

Aquel día, en el cerro del Tepeyac, cerca de la actual Ciudad de

México, recomenzaba una conquista: este sitio había sido elegido por Cortés como punto estratégico desde el que marchó para someter al imperio azteca; en ese mismo lugar empezaría la conquista espiritual del continente.

De madrugada pasaba por allí el indio Juan Diego, nacido cincuenta y siete años antes a la vida humana y sólo siete años a la vida divina por el Bautismo. Se apresuraba para la catequesis —primer gran fruto de la esforzada labor misionera en el Nuevo Mundo—, cuando, mientras amanecía, escuchó un canto suave y melodioso que se apagaba poco a poco y daba paso a una voz aún más bella y atrayente que, en su lengua nativa, lo llamaba por su nombre: «¡Juanito, Juan Dieguito!».³

Buscando el origen de la música, se encontró con una Señora de espléndida belleza que le habló con palabras llenas de maternal bondad. Era «la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios», tal como Ella misma se presentó. Y tan eminente Reina había ido a encomendarle a su Juanito una importante misión: quería que se construyera allí un templo dedicado a Ella. Le ordenó que acudiera al palacio del obispo de México y le comunicara su petición.

Embajador de la Reina celestial

El vidente corrió con enorme entusiasmo hacia la residencia de fray Juan de Zumárraga. Sin embargo, el prelado no dio crédito al relato del indio: «Otro día vendrás, hijo mío, y te oiré más despacio».

Desanimado por tal respuesta, el indio regresó a la colina de la aparición con un pesar proporcional al ánimo con el que de ésta había salido. Aún estaba allí la venerable Soberana, la tierna amiga a la que no temía invocar bajo estos dos aspectos: «Señora, la más pequeña de mis hijas, Niña mía, fui a donde me enviaste». Y entonces deploró su fracaso. La Madre extremosa lo consoló con toda su bondad, pero no lo dispensó de su importante tarea: servir de intermediario entre la Mediadora universal y fray de Zumárraga.

Al día siguiente, otro intento y un nuevo revés. El obispo, por razones de prudencia —la idolatría aún inundaba la región, las supersticiones abundaban, etc.—, le exigió una prueba. Nuevamente ante la Virgen, Juan Diego expresó la petición del eclesiástico. La Madre de Dios se dispuso a atenderlo, sin la menor dificultad. Lo único que le pidió al indio fue que regresara al cerro de Tepeyac al día siguiente.

Dos noches, dos sorpresas

Decidido a volver, regresa a su casa y —¡oh, amarga sorpresa!— encuentra a su tío Bernardino gravemente enfermo. Entonces pasó la noche y el día siguiente cuidando a su pariente.

No obstante, para la salud corporal de su tío sólo hallaba el desahucio de los médicos, así que esa noche salió en busca de un sacerdote que curara su alma. En ese momento fue abordado por la Señora de las apariciones, cuya petición de regresar al cerro de Tepeyac aún no había atendido: «¿Qué hay, hijo mío el más pequeño? ¿Adónde vas?». Juan Diego respondió con la sencillez del hijo que, a pesar de no haber cumplido las órdenes, se sabe amado: «¿Estás bien de salud, Señora e Hija mía? Voy a causarte una aflicción: está muy malo un pobre tu siervo, mi tío».

A continuación, pidió perdón por desobedecer la solicitud del día anterior, explicando que había perdido todo el día ayudando a su pariente. «Mañana vendré a toda prisa», prometió.

Una gran señal apareció en la tierra

Pero cuando la Madre del Cielo llama a una gran misión, no existe el día de mañana ni las preocupaciones terrenas, por muy santas que sean. De eso se ocupa Ella: «¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? —le preguntó—. No te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella; está seguro de que ya sanó».

De hecho, en ese mismo momento la Virgen se hizo visible al enfermo y le devolvió la salud. La señal prometida, sin embargo, no sería ésa. Y, precisamente, había venido para concedérsela. Le ordenó al vidente que subiera al cerro de Tepeyac y cortara allí unas flores.

Sencillo, ¿verdad? Pues no, porque era invierno. Pero Juan Diego no lo había dudado. Subió a la colina y encontró las más bellas y variadas rosas de Castilla. Después de recoger-



Francisco Lecaros

Ante tal portento, se desmoronaron todas las desconfianzas sobre la veracidad de las apariciones. Se desmoronaron y aún se desmoronan...

La imagen de la Santísima Virgen se imprime en la tilma de San Juan Diego - Capilla del Pocito, basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, Ciudad de México

las, se las presentó a la Virgen, que las tocó, añadiendo: «Hijo mío el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ella mi voluntad».

Y Juan Diego así lo hizo. Se presentó ante el eclesiástico y, cuando abrió su manto, se esparcieron por el suelo las preciosas y fragantes flores. Es más: en ese mismo instante se estampó en el tejido la imagen de la Rosa de las rosas, aquella que es llamada *Rosa Mystica*, la Santísima Madre de Dios. Ante tal portento, se desmoronaron, por supuesto, todas las barreras de desconfianza sobre la veracidad de las apariciones.

Se desmoronaron y aún se desmoronan...

Un códice lleno de símbolos

Si el 12 de octubre de 1492 Colón podía afirmar que había descubierto la ruta a América, aquel 12 de diciembre de 1531 un nativo descubría, en América, el camino más rápido y seguro hacia el Cielo: María Santísima. En efecto, Ella quiso dejar su firma y la prueba de la autenticidad de las apariciones en la tilma⁴ de Juan Diego.

El manto de la Señora allí retratada se asemeja al de una reina. Es el color del cielo y está adornado con cuarenta y seis estrellas doradas, que sorprendentemente coinciden con las constelaciones visibles en el cielo la noche del 12 de diciembre de 1531.

Su cintura está ceñida por un cinturón lila. He aquí un detalle sumamente expresivo para los amerindios: era el fajín de las mujeres a punto de dar a luz. La Virgen de Guadalupe deseó, por tanto, ser reconocida no sólo como Reina, sino también como Madre, tal como se le había presentado la primera vez a Juan Diego.

Estos son los mensajes que la imagen transmite a simple vista, pero investigaciones más profundas contribuyeron a la apreciación del tesoro allí escondido.

Artistas atónitos

El 13 de marzo de 1666 se llevaba a cabo en México el primer examen científico de la imagen. Después de una misa solemne, en la que imploraron gracias para los estudios que emprenderían, grandes artistas de la ciudad inspeccionaron la estampa, delante de testigos.

Llegaron unánimes a la misma conclusión: «Es imposible que humanamente pueda ningún artífice pintar ni obrar cosa tan primorosa, ni tan limpia y bien formada en un lienzo tan tosco como es la tilma»⁵ en que está puesta. Puesta y no pintada, ya que «no existen colorantes de tipo mineral ni vegetal ni animal; podríamos decir que es una pintura sin pintura».⁶

Para subrayar aún más el milagro, se sabe que el material con el que se hizo la tilma se deteriora en veinte años. Pero permanece intacta durante casi cinco siglos. ¿Casualidad? Para responder a esta pregunta, basta considerar que reproducciones de la imagen realizadas en tejidos similares se corrompieron en menos de una década.

Milagro confirmado por la ciencia

Más recientemente, la imagen guadalupana ha sido sometida al escrutinio de la ciencia, mediante grandes ampliaciones fotográficas. Una comisión de oftalmólogos, químicos, optometristas y diseñadores llegó, después de ocho años, a la siguiente conclusión: los ojos de la imagen de la Virgen de Guadalupe reflejan la fisonomía de San Juan Diego. De hecho, se aprecia el busto de un hombre simétricamente situado en cada



Lucio César Rodríguez

Tomando como trono el centro del Nuevo Continente, a la Virgen le plugo permanecer allí para sostener y enfervorizar a un pueblo que Ella quiso tener reflejado para siempre en su mirada

Imagen original de Nuestra Señora de Guadalupe - Basílica dedicada a Ella en Ciudad de México

retina, correspondiente al reflejo de la córnea según las leyes de la óptica.

Además de la figura de Juan Diego, en la niña de los ojos de María se encuentran trece personas que estaban presentes en el momento del milagro, formando una especie de «instantánea» de lo ocurrido entonces.⁷

La Reina tomó posesión de su Reino

Tras las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe, México entró en una etapa enteramente nueva, en la que se produjeron conversiones en masa. María había bajado a la tierra para destruir el imperio milenarista de la idolatría y establecer el Reino de su Corazón.

Su nombramiento oficial como patrona de México tuvo lugar en 1737, en medio de una gran aflicción para el pueblo mexicano. Una terrible epidemia asolaba el país por entonces. Cuando las autoridades eclesíasticas y civiles se pusieron a deliberar sobre el nombramiento de Nuestra Señora de Guadalupe como patrona, la peste comenzó a retroceder. Finalmente, el día de la promulgación del decreto, sólo quedaban algunos vestigios de la calamidad. En 1746 fue proclamada patrona de América del Norte y, en 1910, de toda América Latina.

Tomando como trono el centro del Nuevo Continente, a la Virgen le plugo permanecer allí para sostener y enfervorizar a un pueblo que Ella quiso tener reflejado para siempre en su mirada. «Lo encontró en una tierra desierta, en una soledad poblada de aullidos: lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos» (Dt 32, 10). ✧

¹ CASTRO, Emilio Silva de. *La Virgen María de Guadalupe. Reina de México y Emperatriz de las Américas*. Guadalajara: Procultura Occidental, 1995, pp. 197-198.

² BERNARDINO DE SAHAGÚN, OFM. *Historia general de las cosas de Nueva España*. L. VI, c. 31. Ciudad de México: Pedro Robredo, 1938, t. II, p. 189.

³ En la narración original de los hechos, la Virgen lo lla-

ma: «*Juantzin Iuan Diegotzin*». «Son palabras que siempre han sido traducidas como "Juanito, Juan Dieguito", dándole al hecho una significación conmovedora de ternura maternal y de delicadeza. Pero en *nahutl* la terminación *tzin* es también desinencia reverencial, es decir, se añade para significar reverencia y respeto» (SILLER ACUÑA, Clodomiro. «Anotaciones y comentarios al Nican Mopohua». In: *Estudios*

indígenas. Ciudad de México. Año VIII. N.º 2 [mar, 1981], p. 227).

⁴ «Tilma» es una tela indígena de calidad ordinaria y de poca durabilidad, hecha de fibra de agave o maguey.

⁵ CHÁVEZ SÁNCHEZ, Eduardo. *La Virgen de Guadalupe y Juan Diego en las informaciones jurídicas de 1666*, apud LOAIZA, Enrique M. *O milagro da Virgem de Guadalupe*.

pe. 2.ª ed. São Paulo: Artpress, 2011, p. 51.

⁶ ROJAS SÁNCHEZ, Mario. *Guadalupe, símbolo y evangelización. La Virgen de Guadalupe se lee en náhuatl*. Ciudad de México: Othón Corona Sánchez, 2001, p. 24.

⁷ Cf. ASTE TONSMANN, José. *Los ojos de la Virgen de Guadalupe*. 2.ª ed. Ciudad de México: Diana, 1987, pp. 48-117.

Un comentario poco común...

Respecto de la historia de Nuestra Señora de Guadalupe, se pueden hacer varios comentarios. De éstos, creo que el más interesante es aquel sobre el que menos se ha insistido: la actitud de Juan Diego para con la Virgen y su lenguaje hacia Ella.

Nuestra Señora lo trata como hijo de una nación que está en decadencia, de un pueblo que está desapareciendo, pero que tiene un alma pura, un alma sencilla. Lo trata con un cariño extraordinario, casi como se hace con un niño. Se ve la predilección que María Santísima tiene no sólo por las almas grandes, heroicas, que realizan hazañas históricas, sino también —cómo ama todas las formas de belleza, todas las formas de virtud— por las almas pequeñas, enteramente vueltas hacia Ella y que ignoran su propia virtud. La Virgen les habla a estas almas con una ternura completamente particular.

Tenemos también la actitud de Juan Diego hacia Nuestra Señora: le dirige la palabra como un auténtico cortesano, la saluda, le pregunta cómo se encuentra, si está bien... Y, después de haberle descrito el revés de la misión que se le había encomendado, se comporta como un verdadero diplomático y le explica la razón humana de su fracaso. Al mismo tiempo, expresa su deseo de no aparecer, de no brillar. Se ven todas las cualidades de alma que intervienen en ello.

Resultado: la Virgen aprecia su actitud, sonríe ante el consejo diplomático y no lo acepta. Al contrario, le exige que vuelva a buscar al obispo. Juan Diego, obediente, regresa, porque no es perezoso, no se le resiste, es hijo de la obediencia.

Aquí tienen ustedes un principio que deseo subrayar: donde hay verdadera virtud, aparecen la delicadeza, la cortesía y los nobles modales. Donde, por el contrario, la virtud muere, los nobles modales, la delicadeza y la cortesía van desapareciendo...

Juan Diego, como tiene delicadeza de alma, sabe tener delicadeza de modales, y sabe tratar a Nuestra Señora con respeto, con verdadera hidalguía. Si no tuviera delicadeza de alma, podría ser un hidalgo, pero no trataría a Nuestra Señora con verdadera hidalguía.

Lo que, a su vez, prueba lo siguiente: si la civilización occidental ha desarrollado los buenos modales, la hidalguía en el trato, el señorío, la gracia, el *tonus* aristocrático hasta un punto nunca alcanzado por ninguna otra civilización, se debe a que existió una Edad Media, en la cual nacieron esas cualidades. Hubo un momento de elevada virtud, de elevada piedad, en que las almas estaban ávidas de nobleza de trato, de delicadeza, de grandeza. Y, como

las costumbres nacen de la avidez de las almas buenas o malas, de ahí germinó —en el suelo sagrado de la Europa cristiana— toda la cortesía occidental, hija precisamente de esa piedad y virtud.

Cuando llegó la Revolución, que trituro la vida espiritual del europeo, cuando entraron los principios igualitarios en su mentalidad, empezó inmediatamente la decadencia. ¿Por qué? Porque, desde ese punto de vista, Revolución, igualitarismo, falta de delicadeza de sentimientos y falta de nobleza de modales son cosas completamente relacionadas. No puede tener nobleza de modales, ni delicadeza de sentimientos, quien es igualitario y alberga en sí lo opuesto: se muestra egoísta y brutal, tiende al régimen de masas, no reconoce los méritos y cualidades de los demás, pero quiere someter toda vida social, toda convivencia humana y, por tanto, todo trato de las almas a una dura, fría y grosera igualdad.

Así pues, se comprende hasta qué punto la cortesía y el *tonus* aristocrático son hijos de la Iglesia Católica Apostólica Romana. En cambio, las formas triviales, bajas, igualitarias, groseras son precisamente fruto de la Revolución y del diablo. ✧

CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio.
Conferencia. São Paulo, 12/12/1966.



Francisco Lecaros

Juan Diego, como tenía delicadeza de alma, supo tratar a Nuestra Señora con respeto y verdadera hidalguía

«San Juan Diego», de Francisco Carden -
Museo de la basílica de Guadalupe, Ciudad de México

Catedral de extremada belleza, alegría del mundo entero

Sólo una nación dotada de un inigualable espíritu católico, unido a una gran misión sobrenatural, podría haber creado una obra tan sublime, auténtica representación en piedra de la Santa Iglesia.



✠ Jerome Lourdes Sequeira Vaz

Quince de abril de 2019. Aquel lunes de Semana Santa, el mundo entero se detuvo para contemplar, atónito, el incendio que devoraba la famosa catedral de Notre Dame de París.

Las llamas se abrían paso entre los florones góticos, el humo salía de la estructura multisecular, la famosa flecha, obra maestra de Viollet-le-Duc, se deshacía en un montón de escombros: eran ocho siglos de historia que se desvanecían en una espesa humareda que llenaba la atmósfera del París moderno. El ingenio, el esfuerzo y el sacrificio de generaciones enteras... consumidos en un instante por un fuego vulgar, cuyo origen nunca ha sido explicado con claridad.

El hecho fue simbólico, y muy simbólico, tanto bajo el prisma histórico y cultural como —¡y sobre todo!— desde un punto de vista religioso.

Notre Dame, la reina de las catedrales

Simbólico, sí, porque quien contempla la mundialmente conocida catedral de París no ve únicamente un edificio sagrado.

Altanera en sus dimensiones y delicada en la acogedora penumbra

de su interior; magnificante en sus adornos regios y sencilla en sus equilibradas proporciones; templo del culto católico y escenario de acontecimientos sin parangón en la historia de Occidente, Notre Dame es capaz de suscitar emociones similares a las que sentimos al admirar a la Iglesia católica en toda su grandeza.

Sólo un pueblo provisto de inigualable espíritu católico, aliado a una gran misión sobrenatural, podría haber engendrado una obra tan sublime, paradigma a ser imitado por las naciones de la cristiandad. En efecto, como dijo una vez el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, «hay hombres de talento impar, dotados de gracias excepcionales en el orden sobrenatural, a quienes Dios les incumbe que sirvan de lumbrera para sus semejantes. Y hay también pueblos privilegiados por los dones de la naturaleza y de la gracia, a quienes Dios les incumbe que iluminen al mundo entero por los caminos de la virtud. Entre estos pueblos se encuentra, ciertamente, Francia».¹

Tales consideraciones nos parecen indispensables antes de adentrarnos en la temática de este artículo. A fin de cuentas, no se trata de discurrir aquí sobre una catedral cualquiera, sino acerca

de la historia de la reina de las catedrales; en la paráfrasis del Dr. Plinio, la iglesia de extremada belleza, gloria y alegría del mundo entero (cf. Lam 2, 15).

Nacida en los esplendores de la Edad Media

La catedral de Notre Dame no fue el primer edificio religioso que se reflejó en las plácidas aguas del Sena.² Excavaciones realizadas en sus alrededores descubrieron ruinas de un antiguo templo dedicado a Júpiter, de los tiempos en que París no era más que una pequeña ciudad bárbara: Lutetia, habitada por la tribu gala de los parisios.

Ya en la era cristiana, precisamente en el año 375, se erigió sobre el antiguo templo pagano una iglesia dedicada a San Esteban y, en el 528, el rey franco Childeberto edificó junto a ella otra, más grande y bella, puesta bajo el patrocinio de la Santísima Virgen, y que sería la catedral de la ciudad durante varios siglos.

Notre Dame solamente nace en los esplendores de la Edad Media, bajo el episcopado de Maurice de Sully, sexagésimo segundo obispo de París. Hombre de deseos que desafían lo imposible, Maurice ambiciona levantar allí una iglesia de proporciones colo-

sales para sustituir la antigua catedral, ya pequeña e inadecuada para las exigencias de su tiempo. La nueva construcción debe ser insuperable, al más genuino estilo francés —que siglos posteriores conocerían como *gótico*—, del que, por cierto, se convertirá en una de las máximas expresiones.³

Su planta en forma de cruz, de unos impresionantes 127 metros de longitud, tendrá el coro orientado hacia el oeste, a fin de acoger siempre los primeros rayos del alba, símbolo de la gracia que disipa las tinieblas del pecado e ilumina los corazones de los fieles. La nueva iglesia, finalmente, estará dedicada a la Santa Madre de Dios: *Notre Dame* —Nuestra Señora, en francés.

Por supuesto, una empresa tan osada requerirá una gran suma de recursos. Pero el obispo Maurice no retrocede ante el desafío. Tanto él como sus sucesores serán eximios a la hora de proveer, a menudo de sus propios bienes, medios para la construcción de la nueva catedral. Además, hombres de fe y buena voluntad, desde simples burgueses hasta nobles y monarcas, contribuirán al éxito del emprendimiento. El rey Luis VII y su hijo Felipe II el Augusto darán muestras de gran generosidad a este respecto.

Los primeros años

El año de 1163 marca el inicio de la construcción del nuevo templo, en el mismo lugar que las iglesias de San Esteban y de Santa María. La emocionante ceremonia de colocación de la primera piedra está presidida con toda solemnidad por el propio Papa, Alejandro III.

Poco a poco, la silueta de la reina de las catedrales despunta en el horizonte parisino. En 1182 se terminó el coro y, por primera vez, el canto del oficio divino resuena en el recinto sagrado, aún incompleto, pero ya imponente. El 19 de mayo del mismo año el altar es consagrado por el cardenal Henri de Château-Marçay, legado pontificio.

A pesar de los admirables avances, la construcción de una catedral medieval es una tarea que lleva generaciones. Maurice lo sabe bien, pero no se aflige por ello. El desafío ha sido superado, el proyecto está en marcha y, con la ayuda de la Santísima Virgen, a quien está dedicado, llegará a buen puerto. En 1196 este nuevo Salomón cierra los ojos a esta vida, dejando en herencia una gran cuantía para la realización de su querida obra.

Siglos de esplendor

Entre los siglos XII y XIII, Notre Dame es testigo de acontecimientos gloriosos: en su interior, el gran Santo Domingo de Guzmán pronuncia una homilía que había recibido milagrosamente de manos de la Santísima Virgen. Tiempo después, el santo rey Luis IX deposita en su interior las reliquias de la Pasión, entre las que se encuentra la corona de espinas del Señor, llevada desde Constantinopla.

Hacia 1220, la catedral ya domina el panorama de la capital francesa y, a pesar de estar incompleta, su noble aspecto se convierte en motivo de orgullo para los parisinos. Con sus tres majestuosos pórticos e innumerables esculturas, un refinamiento de

primor artístico, su fachada encierra profundas nociones de teología. Notre Dame es un verdadero catecismo escrito en piedra.

La puerta central está cortada por la imagen de aquel que dijo de sí mismo: «Yo soy la puerta» (Jn 10, 9) y «He venido a enemistar» (Mt 10, 35). Esta majestuosa estatua del Señor, piadosamente llamada por los medievales *Beau Dieu* —el Dios Hermoso— se halla rematada por la representación del Juicio final y otros motivos bíblicos: escenas del apocalipsis, del infierno y del paraíso; ángeles, patriarcas, profetas e incluso figuras alegóricas, como las de los vicios y las virtudes. En los laterales se puede ver la parábola de las vírgenes (cf. Mt 25, 1-13), que indica a todos la necesidad de la vigilancia y la oración.

Los otros dos pórticos, uno dedicado a la Santísima Virgen y el otro a Santa Ana, se nos presentan como un verdadero curso de mariología. En ellos están esculpidas escenas de la vida de María, desde la historia de sus santos padres hasta su coronación gloriosa en el Cielo. Hay, además, esculturas de profetas y reyes rodeando el arca de la alianza, prefigura de aquella que llevó en su seno purísimo al Hombre-Dios.



Fotos: Gustavo Kralj

Con sus majestuosos pórticos e innumerables esculturas, la fachada de Notre Dame es un verdadero catecismo escrito en piedra

Pórtico principal de la catedral de Notre Dame

Encima de los tres pórticos, una imponente galería compuesta por veintiocho estatuas de reyes del Antiguo Testamento, de más de tres metros de altura cada una, evoca la dignidad del poder regio en cuanto investidura divina.

En 1235, las dos torres de sesenta y nueve metros están prácticamente concluidas, en el punto en que quedarían durante siglos. Se trata de un logro importante: además de su función ornamental, en adelante albergarán la «voz de la Iglesia».

Notre Dame hace oír su «voz»

«Alabo al Dios verdadero, llamo al pueblo, convoco al clero, lloro los difuntos, ahuyento la peste, adorno las fiestas...». El pintoresco dístico, grabado en latín en la mayor de las campanas de Notre Dame —¡un *bourdon* de doce toneladas!—, bien resume la misión de este instrumento sagrado. No se entiende una aldea medieval sin el armonioso tañido de las campanas, que tienen a un mismo tiempo una finalidad religiosa y civil: convocar a los fieles para las celebraciones litúrgicas y servir de alerta en los momentos de peligro; en definitiva, regir en función de lo alto todas las actividades de la vida cotidiana.

Al principio, son instaladas ocho campanas pequeñas —llamadas graciosamente *moineaux* (gorriones), de quinientos kilos— en la torre Guillaume, la torre norte, llamada así en honor del obispo Guillaume d'Auvergne, gran benefactor de la construcción. En el siglo xv, la torre sur también albergará un carillón con campanas más grandes —majestuosos *bourdons*—, que alegran los días de fiesta con sus solemnes repiques. Son tan grandes que requieren el esfuerzo de dieciséis hombres para ponerlas en movimiento. Un detalle interesante: para minimizar el daño que la oscilación de las campanas pudiera causar a los campanarios de piedra, los medievales erigieron torres de madera en su interior. Estas estructuras monumentales

absorben las vibraciones y protegen la primorosa mampostería.

Antes de finales del siglo xiv, la catedral de París estaba prácticamente terminada. Tanto su frontispicio como su interior están policromados. Sus prodigiosas bóvedas de piedra se elevan hasta una altura de treinta y nueve metros. Enormes rosetones, de más de diez metros de diámetro y compuestos por unas veinticinco mil piezas de vidrio multicolor, adornan ambos extremos del crucero, inundando el recinto con una fantasía de luces.

Brillando como una joya en el corazón del reino cristianísimo, Notre Dame, como nunca, puede presumir ahora de su título de reina de las catedrales.

La catedral desfigurada y profanada

Así permanece, durante algunos siglos, ese icono de la majestuosa Iglesia de Cristo. Sin embargo, los días de la Edad Media, época de fe que engendró las catedrales góticas, llega a su fin. La Edad Moderna ha de cobrarle su tributo al patrimonio medieval.

Los siglos xvii y xviii presenciaron dolorosas transformaciones. En el interior de Notre Dame se eliminan los adornos medievales y se introducen esculturas y pinturas barrocas. Muchos de los vitrales medievales son reemplazados por vidrios translúcidos, y las paredes y bóvedas se revisten de tonos claros.

Esta triste metamorfosis constituye, no obstante, sólo el prefacio de una enorme tragedia.

El tifón de impiedad provocado por la Revolución francesa, a partir de 1789, no se contentará con perseguir a la Iglesia Católica únicamente en la persona de sus fieles. Conscientes del poder de los símbolos, los enemigos de la cruz no escatimarán esfuerzos para profanar innumerables monumentos religiosos e iglesias.

Sin duda, lo peor se reservará a Notre Dame. Centro del culto católi-

co en el seno de la nación primogénita de la Iglesia, este templo bendito será elegido por los impíos para la más repugnante de las profanaciones.

El 10 de noviembre de 1793, en medio del terror revolucionario, se celebró en la catedral de París, a plena luz del día, el abominable culto idólatrico a la «diosa Razón». Una joven de la Ópera de París es escogida para simbolizar a la vil «divinidad» y, tras ser llevada en procesión sobre unas andas, al son de himnos republicanos, se sienta en el altar mayor para recibir la adoración de los presentes.

Poco después, el Comité de Salvación Pública decreta la retirada metódica de todos los símbolos de la Iglesia Católica y de la monarquía. En un trabajo dirigido por el comisario Varin, se destruyen imágenes y relicarios, se decapitan estatuas de reyes, se cubren de betún los vitrales y se utilizan campanas y otros objetos metálicos para fundir cañones, todo ello, por supuesto, en nombre de la «libertad». La reina de



La flecha gótica coronó los méritos de una obra que surcó los mares de la historia con incomparable altanería

Flecha de la catedral de Notre Dame, diseñada por Viollet-le-Duc

Reproducción

Las «resurrecciones» de Notre Dame bien simbolizan las de la Santa Iglesia, que siempre se yergue con mayor fulgor de entre los escombros de la persecución

La catedral de Notre Dame al anochecer

las catedrales es destronada, desfigurada y despojada de sus regios adornos. ¿Quién la salvará de sus verdugos?

«Revanche» de Dios

Para una Europa extenuada por los horrores de la Revolución, el siglo XIX trajo nuevos vientos de esperanza. La Providencia es generosa en distribuir gracias de conversión y restauración, especialmente en Francia. En estos tiempos, la Santísima Virgen hace oír su llamamiento maternal en suelo francés —en la Rue du Bac de París, en La Sallette y en Lourdes— y, al mismo tiempo, un impresionante renacimiento de santos en las filas de la Iglesia militante confirmará que se trata de una *revanche* de Dios contra las fuerzas del mal.

Una vez más, la situación de la Santa Iglesia se reflejará en la historia simbólica de Notre Dame.

En 1844, la nueva Comisión de Monumentos Históricos ordenó la restauración de la catedral parisina, que se encontraba en un lamentable estado de abandono. Se convoca a algunos arquitectos para que presenten sus proyectos y la elección recae en el joven Eugène Viollet-le-Duc y su

amigo Jean-Baptiste Lassus. Los dos arquitectos pondrán todo su empeño en devolverle a la catedral su antigua dignidad... y algo más.

Las estatuas de la fachada este, incluidas las de la galería de los reyes y los portales, son rehechas. Las vidrieras, restauradas. El enorme rosetón de la fachada sur es desmontado por completo, reparado, reforzado con piezas más robustas, ceñido con un anillo de hierro y rotado medio pétalo. Los arbotantes del coro también son reestructurados completamente y coronados con bellos pináculos. Notre Dame finalmente emerge de su ignominia pasada.

Uno de los detalles más llamativos de la restauración es, sin duda, la nueva flecha medieval diseñada por Viollet-le-Duc. En 1866, se eleva sus noventa y tres metros de altura sobre el crucero de la venerable catedral, coronando gloriosamente el mérito de una obra que había surcado los tempestuosos mares de la historia con incomparable altanería.

De Notre Dame, una lección

Tras ocho siglos de epopeya, en 2019 ocurrió lo inverosímil. Notre

Dame, la gloriosa Notre Dame, ardía como una antorcha. Las llamas parecían anunciar su completa desaparición. Sin embargo, cinco años después, volvemos a verla erguida de nuevo, ennobleciendo la tierra con su sublime presencia.

Algo similar ocurre con la Santa Iglesia. A menudo se nos hace creer que la crisis que atraviesa la Esposa Mística de Cristo es irreversible. ¡Cuán numerosos son los ataques que contra ella son lanzados cual fuego devastador!

No obstante, su historia nos enseña lo contrario.

Cuántas veces la Iglesia ha sido perseguida y ultrajada, cuántas veces ha resurgido de entre sus escombros con nuevo y mayor fulgor. Por lo tanto, si vemos hoy su rostro visible en un estado que los siglos nunca han conocido, tengamos la certeza de que su resurrección será la más triunfante de la historia. En ese día bendito aparecerá ante los ojos de todos el esplendor de la esposa de Cristo, que es, en el sentido estricto del término, «de extremada belleza, alegría del mundo entero» (Lam 2, 15). ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Le doux pays de France». In: *Legionário*. São Paulo. Año XVIII. N.º 619 (18 jun, 1944), p. 1.

² Los datos históricos transcritos en este artículo proceden

de las obras: HIATT, Charles. *Notre Dame de Paris. A Short History and Description of the Cathedral, with Some Account of the Churches which Preceded It*. Londres: George Bell & Sons, 1902; SANDRON,

Dany; TALLON, Andrew. *Notre Dame Cathedral. Nine Centuries of History*. University Park (PA): The Pennsylvania State University, 2020.

³ Según Charles Hiatt, «tal vez no exageramos al decir que la

ciencia (así como el arte) del gótico encontró su primera expresión real a gran escala en la catedral de París» (HIATT, op. cit., p. 22).

La maravillosa fragancia de la Navidad

A partir de las revelaciones privadas de la Beata Ana Catalina Emmerich sobre la Noche de Navidad, el Dr. Plinio se complace en evocar las magnificencias, delicadezas y perfumes con que Dios Padre engalanó el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira



Nada más oportuno con ocasión de la Navidad que comentar algo sobre el advenimiento del Verbo Encarnado al mundo, nacido de la Inmaculada Virgen María.

Las consideraciones se basan en los escritos de la vidente Ana Catalina Emmerich,¹ mística alemana del siglo XIX, favorecida por diversos éxtasis y revelaciones, publicadas éstas con el correspondiente *imprimatur*.

Antes de analizar sus descripciones, sería interesante destacar el aspecto profundamente racional que presentan, y cómo Ana Catalina demuestra un tacto extraordinario y un gran sentido de las cosas a la hora de resolver problemas muy delicados que surgen en el transcurso de sus visiones. Esta actitud habla en favor de la lucidez de la vidente y de la veracidad de sus narrativas.

Un niño recostado sobre flores y delicadas plantas

Describe, pues, lo que habría sucedido la Noche de Navidad. San José, avisado por Nuestra Señora del inminente nacimiento del Niño, se dispuso a preparar el pesebre en la cueva de Belén para recibir al Hijo de Dios. El modo en que lo hizo es extremadamente hermoso: extendió una capa de delicadas plantas y, sobre éstas, bonitas

flores que encontró en un prado cercano, cubriéndolo todo con una modesta colcha traída por la Santísima Virgen.

Me parece de una rara elegancia la idea de que el Niño Jesús pudiera dormir su primera noche sobre flores —tal vez unos lirios del campo que Salomón, en toda su gloria, no logró imitar— y, cosa aún más espléndida a los ojos de Dios, envuelto en una colcha tejida por Nuestra Señora.

Según la vidente, aproximadamente una hora antes del nacimiento, tras otro aviso de María Santísima, San José encendió varias lámparas que había llevado para esa ocasión y las suspendió de unas pértigas que había a ambos lados de la cueva. Fueron los primeros fuegos artificiales que brillaron en alabanza al Niño Jesús.

*Es rara elegancia
la idea de que el
Niño Jesús habría
descansado sobre
un lecho de flores,
envuelto en una colcha
hecha por su Madre*

Magnífica e intensísima luz dorada

Llegó entonces el momento culminante del nacimiento del Hombre-Dios. En las visiones de Ana Catalina Emmerich, ¿cómo sucedió?

Es dogma de fe que Nuestra Señora fue virgen antes, durante y después del parto. Por lo tanto, sería necesario presentar este nacimiento virginal rodeado de un inmenso misterio. Y narra ella lo siguiente: San José, aunque padre legal, pero no natural, de aquel niño, no debía presenciar ese instante glorioso, pues era algo que sólo debía ser visto por Dios y María Santísima. Entonces —¡delicadeza de la Providencia!— una ovejita se acercó a la cueva y empezó a balar, haciendo un ruido que podría molestar a la Virgen en aquel momento; y San José embebido de solicitud por la divina Madre, salió y fue tras aquel animalito para calmarlo y alejarlo de allí.

Ahora bien, al regresar a la cueva, la parte que él había acomodado como dormitorio de Nuestra Señora, separada por unas paupérrimas esteras, se hallaba inmersa en una magnífica e intensísima luz dorada. San José se dio cuenta de que María estaba de rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho y mirando hacia Oriente, en elevadísima meditación.



«Natividad» de Bicci di Lorenzo - Iglesia de San Giovannino dei Cavalieri (Florencia)

El patriarca entendió que no debía avanzar más. La luz dorada lo apartó de esa escena única, cuyo contenido real sólo habrá sido presenciado por Dios y los ángeles.

Un niño bello como un relámpago

San José se retiró a otro rincón de la cueva y allí se puso en oración. Cuenta Ana Catalina Emmerich que una luz muy brillante comenzó a extenderse desde Nuestra Señora y envolver todo el ambiente. A medida que este fulgor ganaba intensidad, la Virgen María se iba elevando del suelo, y ya se encontraba a buena distancia de éste cuando San José finalmente abandonó su lugar para ver lo que estaba pasando. Entonces, Nuestra Señora, en un éxtasis maravilloso, le comunicó: ¡el Niño ha nacido!

Dirige la mirada al suelo y ve al recién nacido, un niño —en palabras de Ana Catalina— «bello como un relámpago», es decir, más luminoso y espléndido que la propia luz que clareaba la cueva en ese momento. Era el *lumen Christi*, cerca del cual se eclipsan todas las demás luces.

De seguido ocurre esta escena: Nuestra Señora sale del éxtasis, baja de nuevo al suelo y permanece una hora entera contemplando al Niño que había nacido sobre un tejido extendido por Ella. Así pues, el Hom-

*Después de dar a
luz al Niño Dios, la
Santísima Virgen
permaneció en
adoración, junto con
San José, en un silencio
angélico y celestial*

bre-Dios había venido al mundo en la mayor penuria material posible.

Transcurrido ese período de adoración, María Santísima se levanta, toma al Niño, bello como un relámpago, y lo coloca en los brazos de San José. ¡Imagínense la felicidad del esposo virginal de Nuestra Señora al sentir ese frágil cuerpo del Dios humanado! También él venera al Hijo del Altísimo recostado en ese primer *pesebre* que fueron sus propios brazos. Luego, lo deposita en el pesebre, junto al cual la Virgen y él se arrodillan, permaneciendo los dos en oración, en un silencio angélico y celestial.

Primera adoración nocturna de la historia

Mientras tanto, todo el entorno, hasta las propias piedras de la cueva, estremecían de esplendor y alegría,

apreciándose un como regocijo incluso en los seres inanimados, porque el Niño Jesús había nacido. En verdad, ese gozo que existía en la cueva era el de toda la naturaleza, transformada por aquel acontecimiento indescriptible. Las flores se abrían y exhalaban magníficos perfumes, los aromas del follaje eran estupendos y una luz cada vez más intensa comenzó a brillar sobre la cueva. Y ese resplandor fue el que llamó la atención

de los pastores acampados en los alrededores.

Vemos, a través de estas descripciones, el tacto con el que Ana Catalina presenta el nacimiento del Niño Dios, con sus delicados aspectos, la conducta de San José, la actitud de la Santísima Virgen, el parto misterioso, en fin, todo perfecto, tal y como podría haber ocurrido.

La vidente también narra que, al cabo de un rato, estando el Niño en el pesebre, San José se preocupó por Nuestra Señora y, aunque Ella no mostraba cansancio, le llevó un asiento y el lecho de reposo de la Santísima Virgen, por si quisiera descansar. Los dos permanecieron recogidos en elevada oración, y así empezó la primera adoración nocturna de la historia.

Si pensamos en el Niño bello como un relámpago y su Madre hermosa como la luna, entenderemos un poco mejor la maravillosa fragancia de la Navidad.

Inusitada alegría sentida en toda la tierra

Como hemos señalado antes, Ana Catalina dice que la luz que brillaba en la cueva sirvió de aviso a los pastores de Belén, los cuales se enteraron así del nacimiento de Jesús. Ella describe este aspecto de la Natividad de una forma muy edificante, atractiva y piadosa, propia a infundir devoción y

fervor en nuestras almas. Leyéndola, comprendemos que sería lógico y razonable que las cosas hubieran pasado de esa manera. Narra la vidente:

«He visto en muchos lugares, hasta en los más lejanos, una insólita alegría, un extraordinario movimiento en esta noche. He visto los corazones de muchos hombres de buena voluntad reanimados por un ansia, plena de alegría, y, en cambio, los corazones de los perversos llenos de temores».

Esta descripción nos hace pensar en los días mejores que la Providencia le reserva a la cristiandad, cuando Nuestra Señora ejercerá de hecho su realeza sobre el mundo, y entonces todo lo bueno, noble y bello florecerá en la humanidad: los hombres desearán el bien con alegría; el sacrificio, la dedicación y la renuncia, en el entusiasmo de su alma.

La naturaleza festeja el nacimiento del Salvador

«Hasta en los animales he visto manifestarse alegría en sus movimientos y brincos».

Imaginemos una magnífica noche de Oriente, la hermosa naturaleza bañada por una soberbia luz de la luna y envuelta a una temperatura suave. Ovejas, cabras y otros animales empiezan a brincar y a jugar, los pájaros revolotean y cantan, las flores desprenden su mejor perfume. Es la fiesta de la naturaleza por el nacimiento del Salvador.

Subrayo lo razonable que es que esto haya sucedido. En efecto, está en consonancia con el orden natural de las cosas que, al venir al mundo el Niño Jesús, a quien está sometida toda la naturaleza, ésta se alegrara con la presencia de su divino Bienhechor y expresara su satisfacción manifestando un mejor colorido, una mayor belleza, etc.

«Las flores levantaban sus corolas, las plantas y los árboles tomaban

nuevo vigor y verdor, y esparcían sus fragancias y perfumes. He visto brotar fuentes de agua de la tierra».

Ese brotar de las fuentes de agua de la tierra me parece altamente simbólico. El manantial que fluye, la vida que surge del suelo, representa las gracias que se extienden sobre los hombres. El agua significa vida y vigor para la tierra; la gracia es un factor vivificante para el alma humana.

«El cielo tenía un color rojo oscuro sobre Belén, mientras se veía un vapor tenue y brillante sobre la gruta del pesebre, [...] y el valle de los pastores».

Otra hermosa descripción. Hemos oído hablar de las auroras rosadas, conocemos crepúsculos rojizos, pero un cielo nocturno con este tono rojo

intenso debe haber reflejado un esplendor especial. Y sobre la cueva, una niebla iluminada, atrayente, repleta de misterios.

La «torre de los pastores», símbolo de la Iglesia

«A distancia doble de la gruta del pesebre se encontraba lo que llamaban *la torre de los pastores*. Era un gran andamiaje piramidal, hecho de madera, que tenía por base enormes bloques de la misma roca: estaba rodeado de árboles verdes y se alzaba sobre una colina aislada en medio de una llanura. Estaba rodeado de escaleras; tenía galerías y torrecillas, todo cubierto de esteras».

Ana Catalina explica que ése era el punto de observación donde convergían todos los pastores de la región y se quedaban durante la noche vigilando sus rebaños.

Creo que esta *torre de los pastores* es un hermoso símbolo de la Iglesia Católica: los obispos, con sus rebaños, que se congregan en la única torre de la Iglesia, en el sentido estructural de la palabra, que es la catedral de San Pedro. Desde lo alto de ésta, el Pastor de los pastores lanza su mirada vigilante para defender al redil contra lobos y ladrones.

También la vidente dice que esa torre emergía de entre los árboles, en lo alto de una colina completamente aislada. El resto era llano. Una vez más, algo que recuerda al papado, porque en equiparación con éste todo parece llano. El romano pontífice es la autoridad suprema, el más augusto jerarca de la Iglesia y, como tal, el jerarca más grande del universo, porque ningún hombre poderoso en el orden temporal puede compararse con él.

«Desde lejos [la torre] producía la impresión de un gran barco con muchos mástiles y velas. Desde esta torre se gozaba de una espléndida vista de



Cárpatos ucranianos

Está en consonancia con el orden natural de las cosas que la creación entera manifestara alegría por el nacimiento del Salvador

toda la comarca. Se veía a Jerusalén [...]. Las familias de los pastores habitaban esos lugares en un radio de unas dos leguas. Tenían granjas aisladas, con jardines y praderas. Se reunían junto a la torre, donde guardaban los utensilios que tenían en común».

Es interesante imaginar esas casas de las familias de los pastores desperdigadas alrededor de la torre, con sus jardines y granjas. Sobre todo esto cae la noche, volviéndose misteriosa, magníficamente púrpura y a lo lejos una neblina blanca, iluminada, que comienza a nacer. ¿Cómo habrá sido el deslumbramiento de los vigías ante este espectáculo?

El anuncio de los ángeles a los pastores

«Al nacimiento de Jesucristo vi a estos tres pastores muy impresionados ante el aspecto de aquella noche tan maravillosa [...]. Entonces vieron maravillados la luz extraordinaria sobre la gruta del pesebre. [...] Subieron a su mirador dirigiendo la vista hacia la gruta. Mientras los tres pastores estaban mirando hacia aquel lado del cielo, he visto descender sobre ellos una nube luminosa, dentro de la cual noté un movimiento a medida que se acercaba».

Se entiende que se trata del anuncio de los ángeles, que no aparecen de repente, sino que van precedidos de una nube luminosa que prepara el corazón de los pastores para la buena nueva. Cada vez más brillante y bella a medida que se acerca, esa nube eleva gradualmente el espíritu de aquellos hombres sencillos, que se van tomando de encanto y admiración con todo lo que ven.

«Primero vi que se dibujaban formas vagas, luego rostros, finalmente oí cánticos muy armoniosos, muy alegres, cada vez más claros. [...] Apareció un ángel ante ellos, que les dijo: [...] “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo, el



El anuncio del ángel a los pastores, de Juan Correa de Vivar - Museo de la Santa Cruz, Toledo (España)

*La hermosa frase
del Evangelio
nos expresa esta
maravillosa verdad:
la paz descende del
Cielo a los corazones
de buena voluntad*

Señor. Por señal os doy ésta: encontraréis al Niño envuelto en pañales, echado en un pesebre”. Mientras el ángel decía estas palabras, el resplandor se hacía cada vez más intenso a su alrededor. Vi a cinco o siete grandes figuras de ángeles muy bellos y luminosos. Llevaban en las manos una especie de banderola larga, donde se veían letras del tamaño de un palmo y oí que alababan a Dios cantando: “Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra para los hombres de buena voluntad”».

La hermosa frase del Evangelio se reviste de una cadencia única y nos

transmite esta maravillosa verdad: la paz descende del Cielo a los corazones de buena voluntad, como fruto de la gloria que le profesan a Dios en las alturas.

Un acontecimiento rodeado de magnificencias

«Más tarde tuvieron la misma aparición los pastores que estaban junto a la torre. Unos ángeles también aparecieron a otro grupo de pastores, cerca de una fuente, al este de la torre, a unas tres leguas de Belén. No he visto que los pastores fueran en seguida a la gruta del pesebre, porque unos se encontraban a legua y media de distancia y otros a tres: los he visto, en cambio, consultándose unos a otros acerca de lo que llevarían al recién nacido y preparando los regalos con toda premura. Llegaron a la gruta del pesebre al rayar el alba».

Tratemos de imaginar la inusual belleza del amanecer que siguió a una noche tan magnífica. Y cómo se reviste de particular atracción la escena en la que esos pastores —hombres sencillos y de buena voluntad a quienes se le prometía la paz—, en medio de todo el esplendor de la naturaleza en fiesta y bajo una aurora magnífica, se acercan a la gruta del pesebre para adorar al Salvador.

Percibimos así de cuántas magnificencias fue rodeado por Dios la Natividad de su Hijo, dado al mundo por María Santísima, bajo el paternal y maravillado desvelo de San José. ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *Dr. Plinio*. São Paulo. Año X. N.º 117 (dic, 2007); pp. 18-23.

¹ El texto comentado ha sido tomado de la siguiente obra, de la que transcribimos algunos fragmentos: BEATA ANA CATALINA EMMERICH. *Visiones y revelaciones completas*. Buenos Aires: Guadalupe, 1952, t. II, pp. 218-222.

El famoso desconocido

Viene a bendecir a los hombres de buena voluntad, viene a resucitar en el corazón de los pecadores la añoranza de la inocencia; viene a darnos las riquezas que él mismo posee en el Cielo... ¿Quién es, a fin de cuentas, el santo de los regalos en Navidad?



✎ Arthur Felipe Grando Leal

Una persona que todos reconocen, distinguen, comentan y, en realidad, nadie —o casi nadie— sabe quién fue. San Nicolás de Bari es el famoso santo de los regalos de Navidad y, curiosamente, pocos conocen su historia y los motivos que lo hicieron tan célebre en todo el mundo.

Una biografía quizá exagerada...

Nicolás vino al mundo, según cálculos aproximados, en el año 280. Hijo único, acomodado, probo, con una excelente educación, nació en el seno de una familia católica en la ciudad de Patara (Licia), en Asia Menor.

Su biógrafo más renombrado fue San Juan Damasceno. Sin embargo, antes de conocer su vida, las palabras de éste pueden parecernos, aunque muy poéticas, alejadas de la realidad, exageradas, fruto de un entusiasmo poco irreflexivo:

«Ni la arena que está a la orilla del mar ni la multitud de las olas, ni las gotas de rocío, ni los suaves copos de nieve, ni el coro de las estrellas, ni las gotas de lluvia, o las corrientes de los ríos y el murmullo de las fuentes jamás igualarán, oh padre, el número de tus milagros».¹

De hecho, aunque una biografía nunca pueda contener ese número de milagros, no dejan de ser impresionantes todos los que en ella se describen, con una repercusión que supera ya la distancia de dieciséis siglos. Y no sólo es asombrosa la cantidad, sino también la magnitud de los prodigios realizados.

Realmente, ¿sería todo una exageración?

Voluminoso regalo de un ignoto donante

Cuentan que, un día, Nicolás escuchó la triste historia de un padre que, empobrecido y preocupado por no tener la dote necesaria para casar a

sus tres hijas, planeaba enviarlas a una vida disoluta. Después de pensarlo mucho, Nicolás llenó una gran bolsa de monedas de oro de su propio patrimonio y esperó que llegara la noche.

Cuando ya no se podían reconocer las caras en las calles, se dirigió a la residencia de esa familia, encontrándose, providencialmente, una de las ventanas abiertas. Sin hacer ruido ni levantar sospechas, lanzó la considerable suma al interior de la casa y regresó a donde vivía, en la otra punta de la ciudad.

«Ni la multitud de las aguas o la corriente de los ríos igualarán el número de tus milagros». ¿Será todo esto una exageración?»



Reproducción

San Nicolás calma la tempestad, de Agnolo Gaddi - Pinacoteca Antigua de Múnich (Alemania)



Más que ayudar materialmente a los necesitados, San Nicolás benefició a la Santa Iglesia al entrar por las puertas del sacerdocio

A la izquierda, San Nicolás arroja monedas de oro por la ventana de un padre necesitado y, a la derecha, predica como obispo, de Fra Angélico - Galería Nacional de Umbría, Perugia (Italia)



Fotos: Reproducción

Al día siguiente, ¡sorpresa! ¿Quién habría dejado aquella bolsa? Había suficiente dinero para que el afligido padre casara a una de sus hijas.

Ocultándose en la oscuridad de la noche siguiente, Nicolás fue por segunda vez hacia esa casa. Buscando total discreción, encontró de nuevo la ventana abierta de par en par y dejó otra bolsa repleta de monedas de oro. Por la mañana temprano, se podía ver al padre febrilmente contando la «dote» recibida y dando gracias a Dios. Asombrado y contento, en su interior latía un interrogante: ¿quién estaría patrocinando de esa manera el matrimonio de sus hijas?

Nicolás llevaba la misma cantidad la tercera noche, escabulléndose una vez más entre las sombras para no ser identificado. No obstante, el pobre padre había planeado una emboscada que revelaría al autor de tales favores. Cuando se acercaba a la casa, incluso antes de llegar a la ventana, Nicolás fue sorprendido por ese hombre que, con gozo indescriptible, saltaba sobre él para abrazarlo y agradecerse efusivamente.

Recuperado del susto, Nicolás le exigió secreto absoluto. El anciano padre le prometió perentoriamente

que así sería. Pero al día siguiente toda la ciudad sabía, admirada, de la hazaña del santo.

Patrón de marineros y navegantes

Quien más beneficio recibió de San Nicolás no fue, de ninguna manera, el hombre por cuya ventana entraron bolsas llenas de monedas de oro, sino la Iglesia, que vio al propio santo entrar por las sagradas puertas del sacerdocio.

«Esta dignidad le dio un nuevo lustre a su santidad, y el sacerdocio, al encontrar una moral tan pura y un alma tan cristiana, le comunicó un nuevo brillo a su virtud, y le imprimió un nuevo vigor a su celo».³

Aunque deseaba una entrega a Dios sin reservas, el P. Nicolás nada temía más que el episcopado. Al fallecer su tío, obispo de Mira, receló ser elevado a esta dignidad, ya que antes había prestado un esmerado y fructífero auxilio en el gobierno de la diócesis. En este contexto, se dispuso a viajar a Palestina.

En el momento en que embarcaba, le dijo al piloto que durante el viaje sobrevendría una violenta tormenta. Sonriendo e ignorando la advertencia, se preguntaba qué conocimientos

acerca de las cosas del mar podría tener aquel clérigo...

Pero la prueba de sus palabras no tardó en llegar. Olas enormes, vientos fortísimos, una tempestad que anunciaba el fin: el barco estaba a punto de sucumbir. Al acordarse de la predicción del P. Nicolás, el piloto le contó el hecho a la tripulación. Acudieron corriendo al santo quien, recogido, rogó al Cielo que cesara la tormenta. Entonces el mar se serenó, las negras nubes se alejaron y la calma volvió a los corazones, suscitando, una vez más, la agradecida admiración de todos.

El obispo Nicolás

Buscando refugiarse en la vida monástica, en el recogimiento de las ermitas y en la austeridad de los ejercicios espirituales más excelentes, el P. Nicolás descubrió por revelación divina que debería regresar a Mira, donde el obispo Juan, sucesor de su tío, acababa de morir.

La elección del nuevo obispo se presentaba difícil, pues no se llegaba a un acuerdo. En cierto momento, uno de los miembros de la asamblea se levantó. Tomando la palabra, anunció por inspiración divina que

el Señor deseaba como obispo de Mira al santo varón que al día siguiente entrara en la iglesia para rezar. De hecho, Dios ya había elegido al prelado de su agrado...

Sin saberlo, a la mañana siguiente el P. Nicolás salió del monasterio, cosa que rara vez hacía, y entró en la iglesia para rezar. El pueblo entero se alegró al ver que él sería el nuevo obispo. Aunque trató de excusarse, no le fue posible. Entre la estruendosa alegría de los fieles y del clero, lo consagraron obispo de la Santa Iglesia.

Compasión por el dolor de una madre

Ni se había dispersado aún la gente que lo habían acompañado en la ordenación episcopal cuando una mujer, saliendo de entre la multitud con un niño en sus brazos, se acercó al obispo Nicolás implorándole que la ayudara.

Ella le mostró a su hijo, cuyo cuerpo formaba una sola enorme llaga, pues había sido rescatado de un gran incendio. Las quemaduras eran impresionantes y le habían causado la muerte. Desconsolada, la pobre madre le dijo: «¡Dale la vida a mi pequeño! Cayó en el fuego y no pudo soportar las horribles quemaduras... ¡Murió! Míralo, pobrecito, todo quemado y muerto... ¡Ten pena de mí! ¡Dale la vida!».

Emocionado y lleno de compasión por el dolor de una madre que había visto morir a su hijo, el obispo Nicolás se puso de pie y trazó la señal de la cruz sobre el niño. Allí mismo, en presencia de toda la multitud y de los prelados, ¡resucitó!

No se podía negar; todos lo habían visto, no era una exageración...

Taumaturgo de su siglo

Reanudada la persecución del emperador Licinio, el obispo Nicolás sufrió sus graves consecuencias, soportando el exilio, las cadenas, la flagelación y los malos tratos. Así demostró que un santo obispo nunca es más valiente y arrojado que cuando se trata de luchar por la religión, porque su deseo de martirio lo llevaba a despreciar las órdenes de los oficiales.

Con la derrota de Licinio por Constantino, Nicolás regresó a

Nicolás se convirtió en uno de los santos más famosos de la Iglesia, por los numerosísimos prodigios obrados por su intermedio

Mira, lo que causó un gran revuelo y fue motivo de abundantes conversaciones. El número de milagros que obró a partir de entonces es incalculable, llevándolo a ser considerado el taumaturgo de su siglo.

Se cuenta, por ejemplo, que San Nicolás resucitó a dos jóvenes estudiantes asesinados en Mira y que, en otra ocasión, tres niños degollados, cuyos cuerpos habían sido escondidos en una cuba, también volvieron a la vida por orden del santo.

Otra crónica narra que tres oficiales de Constantinopla habían sido injustamente condenados a la pena capital y se salvaron porque invocaron el auxilio del obispo Nicolás, al que conocieron en una reciente visita a Mira.

La víspera de la ejecución, el santo prelado, que aún vivía, se le apareció en sueños al primer ministro y al emperador Constantino, amenazándolos con la cólera divina por el crimen que cometerían al ejecutar a tres inocentes. Cuando a la mañana siguiente contaron uno al otro el sueño que habían tenido, ambos se impresionaron vivamente y el emperador decidió devolverles a los oficiales la libertad y, con ella, la vida.

Como reconocimiento, Constantino le envió al obispo de Mira, por medio de los tres hombres que había salvado de la muerte, un ejemplar del Evangelio escrito con letras de oro, un cáliz enriquecido con piedras preciosas y dos vinajeras de oro.

Conocedor del día y de la hora final

Saber el día y la hora de la propia muerte puede ser para muchos ocasión de



Muerte de San Nicolás, de Fra Angélico - Galería Nacional de Umbría, Perugia (Italia)

Reproducción

desesperación, y para otros, de alivio. Unos lo considerarían un privilegio, otros dirían que es un castigo. Ante todo, sería extremadamente peligroso para quienes no aman a Dios, pues el arrepentimiento de los pecados, la práctica de la virtud y la conversión correrían el gran riesgo de ser planificados, por supuesto, para el último minuto... Nadie cuestiona, no obstante, que el hecho de poder marcar en la agenda el postrer día de vida es un poco desconcertante para todos. O para casi todos...

Sobre la muerte de San Nicolás se cuenta lo siguiente: «El Señor quiso, finalmente, recompensar su virtud y sus trabajos; le dio a conocer el día y la hora de su muerte. Esta revelación lo llenó de una alegría [poco conocida por los hombres]».⁴

Al acercarse el día señalado, después de despedirse de los fieles, el santo obispo se retiró a un monasterio. Allí, tras una breve enfermedad, recibió los últimos sacramentos y entregó su alma a Dios.

En cuanto al año de este acontecimiento, hay divergencias. Unos dicen que ocurrió en el año 327, otros dicen que San Nicolás vivió hasta cerca del 350. El único dato cierto es que cruzó el umbral de la eternidad el 6 de diciembre.

Se multiplican los milagros tras su muerte

Todo parecía haber terminado. El cuerpo del santo yacía en la tumba y muchos lloraban su fallecimiento cuando de su sepultura comenzó a manar un líquido que tenía el poder de curar enfermedades. Nicolás continuaba realizando milagros después de muerto...

Cuando los turcos invadieron y saquearon Siria, su cuerpo fue trasladado a Bari, en Apulia (Italia), donde Nicolás ganó numerosos devotos y se convirtió en uno de los



San Nicolás - Basílica de Nuestra Señora de Luján, Buenos Aires

*Su existencia santa,
noble y generosa, a
muchas almas hizo
progresar en la virtud
y a muchos cuerpos
recobrar la salud
e incluso la vida*

santos más famosos de la Iglesia por la cantidad de milagros y prodigios obrados por su intermedio.

En palabras de San Juan Damasceno, todo lo que podría parecer una gran exageración no se corresponde con la realidad: «El universo

entero tiene en ti, Nicolás, un socorro inmediato en las aflicciones, un descanso en el dolor, un consuelo en las calamidades, un amparo en las tentaciones, un remedio saludable en las enfermedades».⁵ Oír tales afirmaciones ya no sorprende...

Estímulo para la inocencia en la Noche Santa

La devoción a San Nicolás se extendió por toda Europa y, posteriormente, por todo el mundo cristiano. Se construyeron iglesias y catedrales en su honor. Su existencia santa, noble y generosa, que a tantas almas hizo progresar en la virtud y a tantos cuerpos recobrar la salud e incluso la vida, no se parece en nada a una figura sonriente y regordeta, vestida de rojo, procedente del Polo Norte en un trineo tirado por renos, en una noche de fiesta.

En efecto, San Nicolás es el que viene a bendecir, en Nochebuena, a los hombres de buena voluntad que le agradecen a Dios su nacimiento; es el que viene a resucitar en el corazón de los pecadores la dulce añoranza de la inocencia; es el que, silenciosamente, viene a darnos las riquezas que él mismo posee en el Cielo, necesitando sólo que le dejemos una ventana abierta en nuestras almas. ✧

¹ SAN JUAN DAMASCENO. *Hymnus in Sanctum Nicolaum Myrensem*, «Ode IX»: PG 96, 1390.

² Los datos históricos mencionados en el presente artículo han sido tomados de: ROHRBACHER, René François. *Vies des Saints*. Paris: Gaume Frères, 1854, t. VI, pp. 389-395; GUÉRIN, Paul. *Vie des Saints*. Paris: J. Lefort, 1894, pp. 217-218.

³ ROHRBACHER, op. cit., p. 392.

⁴ *Idem*, p. 394.

⁵ SAN JUAN DAMASCENO, op. cit., «Ode III», 1383.

Un músico llamado a ser ángel

Muchas de sus composiciones parecen transportarnos del agitado contexto en que vivimos a tiempos serenos y afables de antaño, o a un mundo maravilloso que recuerda al de los ángeles.

✍ **Rodrigo José Vilela Lira dos Santos**



Día 13 de agosto de 1792. El sol ya se había puesto cuando el viejo carro cruzó los portones del edificio que un día fue morada de los templarios en la capital francesa, y por eso llamado Temple. Luis XVI, María Antonieta y sus dos hijos, vivirán allí en cautiverio.

Esa noche los prisioneros se sentaron a cenar en una gran sala, cuyo aspecto conocemos por el famoso cuadro *Té en casa del príncipe de Conti*. En él aparece un niño que, hacía unos años, entretenía a los an-

tiguos residentes del palacio tocando el clavecín. Al contemplar la pintura se tiene la sensación de que las melodías aún resuenan por los pasillos del edificio, contrastando con la trágica situación vivida por la desdichada pareja... ¡Qué diferencia entre el pequeño e inocente clavecinista, cuya música otrora había alegrado los tiempos suntuosos del Rococó, y la rudeza de quienes entonces rodeaban a la reina!

Ojalá, María Antonieta hubiera podido disfrutar, durante los últimos meses de vida, de la compañía de aquel niño. Sin duda, habría sido para

ella un motivo de consuelo recordar el feliz día en que, cuando aún vivía en el espléndido palacio de Schönbrunn (Austria), él le pidió el matrimonio, arrancando seguramente una sonrisa de toda la familia imperial.

Pero aquel niño, símbolo de una época moribunda, había muerto prematuramente hacía meses: se trataba de Wolfgang Amadeus Mozart.

Atributos que revelan un elevado llamamiento divino

El Creador dota a todo hombre de ciertas capacidades, las cuales ya le



Qué contraste entre el pequeño clavecinista, cuya música otrora había resonado en los salones del Temple, alegrando los tiempos suntuosos del Rococó, y la rudeza de quienes, en los días del Terror, rodeaban a María Antonieta

«Té en casa del príncipe de Conti», de Michel-Barthélémy Ollivier - Versalles (Francia)

dan gloria por el mero hecho de existir. Pero eso no basta; quiere que tales aptitudes sean desarrolladas y empleadas como instrumento para que otros también se eleven a realidades más sublimes. El que, por ejemplo, ha recibido de Dios el talento musical, debe servir de puente para que sus oyentes experimenten las delicias del Paraíso.

Pues bien, ¿quién no se ha maravillado nunca ante la variedad de movimientos, sutilezas y encantos que emanan de entre tantas de las 754 piezas¹ del célebre compositor austriaco? No hace falta ser un experto para darse cuenta de la gran capacidad con la que el Señor dotó a Mozart. Muchas de sus músicas parecen transportarnos del ajetreado contexto en el que vivimos a épocas serenas y afables de antaño, o quizá a un mundo maravilloso y perfecto, que recuerda a los ángeles en el Cielo.

¿Cuáles serían los designios divinos para un alma tan dichosamente adornada? Echemos un vistazo a la existencia de este personaje, tratando de comprender mejor el sublime llamamiento que Dios le confirió.

«Es difícil evitar quererle»

Wolfgang Amadeus Mozart nació el 27 de enero de 1756 en la ciudad de Salzburgo, actual Austria. Fue bautizado al día siguiente, recibiendo el nombre de Johannes Chrysostomus Wolfgangus Theophilus Mozart. Era el séptimo y último hijo de Leopold Mozart y Anna María Pertl.

Desde tierna edad, el niño dio muestras de su talento innato, lo que llevó a su padre, un famoso y experimentado músico, a dedicarse casi exclusivamente a su formación musical y la de su hermana, María Anna, apodada Nannerl.

Los relatos sobre su infancia sugieren que era un niño cariñoso y afable, que brillaba por su inocencia, además de una total ausencia de timidez. Así lo describe el compositor Hasse: «Guapo, vivaz, gracioso y re-

pleto de buenos modales; y, conociéndolo, es difícil evitar quererle».²

Un niño en el regazo de la emperatriz

Entorno a los 5 años, el niño prodigio inició su epopeya componiendo sus primeras músicas. Leopold, creyente en el milagro divino detrás de tal portento y viéndose en la obligación



«Guapo, vivaz, gracioso y repleto de buenos modales; conociéndolo, es difícil evitar quererle»

Mozart en el regazo de la emperatriz María Teresa - Postal del siglo XVIII

de anunciarlo al mundo —obligación no exenta de cierto interés, por supuesto—, le llevó, en septiembre de 1761, a promocionar su primera aparición pública en la Universidad de Salzburgo, empezando al año siguiente una gira por el Viejo Continente.

El primer destino fue Múnich —donde Mozart se presentó ante el príncipe elector de Baviera, Maximiliano José III— y, más tarde, la capital musical de la época, Viena. Allí culminaría el viaje, presentándose ante la familia imperial, en el palacio de Schönbrunn.

En aquella ocasión se produjo un simbólico encuentro en la vida de Mozart. El niño, vestido con traje lila y un chaleco de camelote adornado con un galón dorado —un auténtico bibelot—, acabó perdiendo el equilibrio y cayendo al suelo. Estando a punto de llorar, se vio ayudado y consolado por una archiduquesa que se había encariñado con él: María Antonieta de Habsburgo, la que más tarde se convertiría en reina de Francia.

Años más tarde aún se contaría cómo, en aquel mismo día y lugar, el pequeño Wolfgang se había puesto, despreocupadamente, en el regazo de la fortaleza matriarcal que era la emperatriz María Teresa. La abrazó, la besó calurosamente y, señalando con el dedo a la princesa que lo había ayudado, dijo:

—Más adelante me casaré con ella.

—¿Y por qué? —le preguntó la emperatriz.

—Porque ella ha sido buena conmigo.

Se trataba de una curiosa manifestación de afecto inocente entre dos almas marcadas por una delicadeza y una gracia incomparables. Casi podría decirse que la obra de Mozart no era más que María Antonieta musicalizada, del mismo modo que podría decirse que María Antonieta era la música del Antiguo Régimen encarnada en una dama.

¿Habría algún designio de la Providencia detrás de la amistad nacida entre estos «compendios» de toda una mentalidad y una época histórica? Es difícil saberlo con certeza, ya que tal relación no llegó a desarrollarse.

Veinte años por Europa

La astucia de Leopold Mozart le llevó a planificar meticulosamente las jornadas de su hijo, desde los estudios musicales elementales hasta la agotadora rutina de los conciertos —sin excluir, cabe señalar, la práctica de la piedad católica—, que en



Símbolos de una era que moría, casi podría decirse que la obra de Mozart era María Antonieta musicalizada, así como podría decirse que María Antonieta era la música del Antiguo Régimen encarnada en una dama

A la izquierda, retrato póstumo de Mozart, de Barbara Krafft - Gesellschaft der Musikfreunde, Viena; a la derecha, María Antonieta - Colección privada

ocasiones le pasó factura a la salud del niño, quien, aun disfrutando de la música, enfermaba a menudo.

En 1763, tras un breve retorno al hogar, comenzó otra larga gira de tres años por el Viejo Continente. Naciones como Alemania, Francia, Inglaterra, Países Bajos y Suiza fueron los destinos en esa ocasión, con frecuentes presentaciones para la alta aristocracia. En Versalles, por ejemplo, el niño fue escuchado por Luis XV y, en Londres, por Jorge III. En Inglaterra entabló amistad con Johann Christian Bach, hijo de Johann Sebastian Bach, convertido al catolicismo, y entró en contacto con sus composiciones. Es muy probable que Mozart también en este viaje conociera la obra de George Frederick Haendel. Durante su estancia en París, Wolfgang publicó su primera partitura.

No había pasado ni un año desde su regreso a Salzburgo y la familia partió de nuevo hacia Viena. Durante este período, la viruela que se propagaba se llevó a dos niños y dejó cicatrices indelebles en la cara de Mozart.

A finales de 1769, padre e hijo se dirigieron a Italia, no sin antes hacer escala en importantes centros musicales europeos. Una vez en la Ciudad Eterna, el niño sólo tuvo que escuchar dos veces la interpretación del famoso *Miserere* de Allegri, cuya copia estaba estrictamente prohibida por el Vaticano, para transcribirla de memoria con la mayor precisión. Cuando la noticia de la «transgresión» llegó a oídos del sumo pontífice Clemente XIV, éste, asombrado ante tal portento, en lugar de ordenar que castigaran a Mozart, le confirió el grado de caballero de la Orden de la Espuela de Oro.

Las habilidades del muchacho se desarrollaban rápidamente, y con ellas su prestigio y producción no hicieron más que aumentar.

Los primeros reveses

No obstante, como ocurre con cualquier hijo de Adán en esta tierra de exilio, los reveses no tardaron en aparecer en el horizonte. En Salzburgo, Wolfgang trabajaba para el arzo-

bispo, también soberano reinante de aquella tierra. Con el nombramiento de Hieronymus von Colloredo para el cargo empezaba una nueva y dura etapa en la vida de Mozart. El apoyo que tenía del anterior prelado cesó con su sucesor en la sede episcopal, que se mostraba inflexible con su salario y sus conciertos fuera de la ciudad. Esto llevó al joven compositor a buscar mejores puestos, especialmente en Viena, pero sin éxito.

De Francia parecía que llegaba la solución. Durante una estancia en París, le ofrecieron el cargo de organista de la capilla real de Versalles, con un buen estipendio. Allí estaría continuamente en contacto con el rey y la reina, en una rutina bastante estable, pero muy distintos eran los objetivos de Mozart... y rechazó la propuesta. María Antonieta tenía una nueva oportunidad de «ser buena» con Wolfgang; sin embargo, su reciprocidad no fue la misma que en la infancia.

Es difícil, o más bien imposible, excogitar qué consecuencias habría tenido la presencia del músico en el orden social de la nación de San Luis. Quizá, con la elevación de sus armonías, habría cooperado tendencialmente a romper el impulso de la Revolución de 1789 y el odio gratuito de ésta para con María Antonieta.

Además, ¿cómo se habría desarrollado la personalidad del joven Wolfgang en ese ambiente? La corte francesa merecía censura desde muchos puntos de vista, pero no se hallaba tan manchada por el ambiente de igualitarismo y la ausencia de formalidad que José II promovía en Viena. Pues bien, en esta ciudad es donde Mozart pasó la última década de su existencia.

Además, ¿cómo se habría desarrollado la personalidad del joven Wolfgang en ese ambiente? La corte francesa merecía censura desde muchos puntos de vista, pero no se hallaba tan manchada por el ambiente de igualitarismo y la ausencia de formalidad que José II promovía en Viena. Pues bien, en esta ciudad es donde Mozart pasó la última década de su existencia.

Época de cambios

Todo ser humano es social por naturaleza, por lo que el entorno tiene

una profunda influencia en el carácter de los individuos. Ya al principio de la creación, Dios estableció: «No es bueno que el hombre esté solo» (Gén 2, 18). Y esta realidad va más allá del ámbito natural para alcanzar, sobre todo, el espiritual, donde se necesita un guía para permanecer en los caminos del Señor.

Lamentablemente, el compositor no encontró tal apoyo en esa etapa de su vida. Aún en París, otra desgracia llamó a su puerta: el fallecimiento de su querida madre. Mozart carecía de alguien que le ayudara en la práctica de la virtud. En consecuencia, al mismo tiempo que Europa era asolada por las ideas de la Ilustración, el alma del joven genio atravesaba situaciones atormentadoras...

El niño agraciado, inocente y amable había cambiado con el paso de los años. La edad adulta trajo consigo marcas indelebles y frívolas en Wolfgang, empezando por su negativa a someterse a la autoridad paterna, así como el surgimiento de un carácter orgulloso, vulgar y grosero, y una evidente irresponsabilidad en la gestión de las finanzas y de la vida en general. En vano lo amonestó el viejo Leopold, profundamente perturbado por estos cambios.

En Viena, el final de sus días

En 1781 el compositor abandonó definitivamente la antigua Salzburgo para trasladarse a la cosmopolita Viena. En este último período de existencia, que tuvo un próspero comienzo, compuso obras considerables como *Las bodas de Figaro*, *Idomeneo*, *Don Giovanni*, *La flauta mágica*, *Réquiem* y *Ave Verum corpus*. Mozart también conoció en esa época al célebre músico Joseph Haydn, que pasó a tenerlo como amigo y gran inspiración hasta el final de su vida.

Poco más de un año después de su llegada a Viena, Mozart entraba en la catedral de San Esteban para contraer

matrimonio con Constanze Weber. De esta unión nacerían seis hijos, de los cuales sólo dos sobrevivirían más allá de la infancia. Muchos describen a su esposa como irresponsable y caprichosa, aunque es difícil conciliar esta idea con su conducta posterior. Lo cierto es que no resultó ser el apoyo sobrenatural y religioso que tanto necesitaba nuestro compositor.

A pesar de los innumerables conciertos, se presentaron nuevas dificultades económicas y, con ellas, el declive físico. Su salud, que nunca había sido muy vigorosa, comenzó a empeorar rápida e incomprensiblemente, ocasionando el 5 de diciembre de 1791, a la edad de 35 años, el cierre definitivo de sus ojos a esta tierra.

Una mirada retrospectiva

Al conocer la existencia de Mozart, tan intensa como breve, tan



Huberti (CC by-sa 4.0)

La edad adulta trajo consigo marcas indelebles y frívolas en Mozart... ¿Qué habría sido si él hubiera correspondido al amor que le venía de lo alto?

Monumento a Mozart, Viena

fructífera como conturbada, tan sublime como trágica, se tiene la impresión de que algo quedó incompleto en la vida del compositor.

Todo hombre está llamado a la santidad y, hasta que alcanza esta meta universal, algo de su obra queda empañada, por muy brillante que haya sido. Los logros de cada ser humano pueden, por tanto, considerarse como una mezcla de luz y tinieblas, en la que una u otra se hacen más perceptibles a medida que se acerca o se aleja del plan divino.

¿Qué hubiera sido de aquel *Amadeus* —amado de Dios— si hubiera correspondido al amor que venía de lo alto? ¿Qué obras diáfanas habría compuesto? ¿Qué bien habría hecho? ¿Qué daño habría evitado?

En definitiva, no nos detengamos en las desdichas de su existencia, sino en los momentos en los que brilló su vocación, gracias a la blancura de aquella inocencia que se ve reflejada en muchas de sus obras.

El día del Juicio final, cuando se abra el Libro de la Vida, esperamos descubrir que, por misericordia divina, la Santísima Virgen se haya compadecido del bohemio compositor, así como María Antonieta se entristeció al ver a aquel niño del chaleco lila tendido en el suelo en Viena, y lo haya levantado del suelo, no para subir al regazo de una emperatriz de este mundo, sino para llevarlo, Ella misma, en sus brazos virginales. Y que, por intercesión de la Mediadora de todas las gracias, esta alma haya logrado en el Cielo mucho más que en la tierra. ✧

¹ De esas, 132 no llegaron a concluirse (cf. COMBARIEU, Jules. *Histoire de la musique. Des origines à la mort de Beethoven*. Paris: Armand Colin, 1913, t. II, p. 537).

² LANDON, H. C. Robbins (Org.). *Mozart, um compêndio. Guia completo da música e da vida de Wolfgang Amadeus Mozart*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1996, p. 123.

Serena, solícita, maternal

Consoladora y madre incansable, Dña. Lucilia tiene la solución adecuada para cada problema, el auxilio inmediato, y a menudo inesperado, para socorrer a quienes confían en su intercesión.



✠ Elizabete Fátima Talarico Astorino



Doña Lucilia en la década de 1960

Muchos devotos de Dña. Lucilia dan fe de que, en momentos de prueba o angustia, invocar la presencia de esta bondadosa dama es capaz de calmar, curar, remediar; en definitiva, irradiar benéficos rayos de luz en medio de las oscuras tempestades de esta vida.

Doña Lucilia sabe amoldar su acción a las dificultades de todos: vence mansamente los obstáculos y las oposiciones que encuentra en algunas almas, supera incomprensiones e indiferencias de otras y nunca deja de socorrer a quien implora su auxilio.

Doña Lucilia vence los obstáculos en algunas almas, supera indiferencias en otras, y nunca deja de socorrer a quien implora su auxilio.

Una prueba de ello la encontramos en el testimonio de Sonia Ivonete da Silva Santos, que conoció a los Heraldos del Evangelio en 2021, en Recife (Brasil).

Diagnóstico grave e inesperado

A pesar de haber oído numerosos hechos sobre la vida de Dña. Lucilia y de la devoción privada que muchos le profesan, Sonia no se sentía inclinada a confiar en su intercesión, pues la consideraba una señora corriente y estimaba que las historias acerca de su existencia eran meras anécdotas, que no tenían ningún impacto en su corazón.

Sin embargo, a través de sus hijas, poco a poco, fue conociendo mejor a Dña. Lucilia y, como una semilla que germina a escondidas, comenzó a florecer en su interior una entrañable devoción, a causa de una necesidad de salud: «Acababa de tener una hija y mi recuperación era muy, muy lenta. En lugar de deshincharme, me hinchaba cada vez más, y estaba somnolienta, muy cansada, hasta el punto de que hubo momentos que dormía de pie».

Ante la sospecha de que se tratara de una complicación de salud más seria, Sonia consultó a un especialista,

quien le diagnosticó una miocardiopatía periparto, una enfermedad rara y grave derivada del embarazo, que había que investigar. «Me hice algunas pruebas —relata ella— y se descubrió que, además de la miocardiopatía periparto, había sufrido un infarto sin saberlo. Entonces, necesitaba un cateterismo para evaluar la gravedad del problema, porque ya no podía llevar una vida normal, debido al cansancio y la somnolencia».

Ahora bien, su seguro médico denegaba sistemáticamente la autorización para realizar el cateterismo. Pasaron cuatro meses de solicitudes y rechazos: llamaba por teléfono a la compañía aseguradora y ésta le daba respuestas negativas, alegando que tal procedimiento sólo podría hacerse si estuviera sufriendo un infarto.

Cuando, finalmente, Sonia se dio cuenta de que los obstáculos eran insuperables, se acordó de las numerosas historias que había oído sobre el auxilio maternal de Dña. Lucilia...

Primera gracia: una prueba agendada inexplicablemente

Continúa su relato: «Recuerdo que un día mis hijas dijeron que se acercaba el mes de abril, el mes del cumpleaños de Dña. Lucilia y del aniversario de su entrada al Cielo. Así que, cuando llegó el 21 de abril, abrí los ojos por la mañana y grité: “Doña Lucilia, si de verdad está en el Cielo, obténgame la gracia de que me llamen del seguro médico, autorizando que se me haga la prueba”. Ese mismo día, a las cuatro de la tarde, me encontraba en el trabajo cuando sonó el teléfono:

»—Doña Sonia, le llamo de parte de su seguro médico. Usted tenía programada una prueba en el hospital y no ha acudido... Queríamos saber por qué.

»—¿Que tengo programada una prueba?! —le dije.



Sonia da Silva Santos, sostiene en sus manos una foto de Dña. Lucilia

Cuando Sonia percibió que los obstáculos eran insuperables, se acordó de las historias sobre Dña. Lucilia...

»—Así es. Tiene una prueba agendada y nos hemos dado cuenta de que no se ha presentado. ¿Le ha ocurrido algo?

»—No, pero esa prueba no puede estar programada porque la autorización me la está denegando el seguro desde hace unos meses y...

»—Ah, no. Esa prueba sí está autorizada. Puede venir usted a hacérsela en cualquier momento.

»¡Eso era imposible! ¿Cómo iba a estar liberado si los papeles estaban conmigo? Ni siquiera me había acerca-

do a la aseguradora; nada más que eran llamadas telefónicas solicitando la confirmación y ver si podía llevar los papeles para la liberación... Entonces lo supe: ¡había ocurrido el milagro!».

Nuevas dificultades superadas por Dña. Lucilia

Aunque los obstáculos todavía no se habían superado del todo. Sonia acudió al hospital el sábado para hacerse la prueba, según lo acordado. Una vez allí, no obstante, la empleada de la recepción le dijo que el cateterismo sólo podía realizarse en casos de urgencia.

Sonia insistió: «¡Pero si he recibido una llamada del hospital informándome de que la prueba había sido autorizada!». La recepcionista le pidió que le expusiera su caso a la enfermera jefe, quien también le dijo que esa prueba sólo se realizaba en casos de urgencia. Sin embargo, se mostró dispuesta a presentar el asunto al cardiólogo de guardia, que justo en ese momento salía del quirófano.

Prosigue Sonia: «Fui con mis papeles adonde estaba el cardiólogo y me quedé en la sala de espera, pidiendo una vez más la intercesión de Dña. Lucilia y de la Santísima Virgen. La enfermera volvió sonriendo:

»—Doña Sonia, ¿usted cree en la Providencia divina?

»—Sí, creo.

»—Mire, el médico ha dicho que se dirija usted a la recepción y siga el procedimiento de ingreso, porque hoy mismo le va a hacer el cateterismo. ¡Le ha tocado uno de nuestros mejores cardiólogos!».

De hecho, era la bondadosa Dña. Lucilia la que intercedía ante Dios por esa hija suya. Y no sólo cuidaba de su salud corporal, sino sobre todo de su vida espiritual:

«Me hospitalizaron el sábado, pero, como llegaron algunos casos de urgencia, no fue posible realizar mi intervención ese día, sino el do-

mingo. Vi en este hecho una vez más la acción de la Divina Providencia en mi vida, porque tuve tiempo de llamar por teléfono y pedir que un sacerdote fuera al hospital, porque quería confesarme y recibir la Unción de los Enfermos y a Jesús Eucarístico.

»Finalmente se realizó la intervención de cateterismo. Ya estaba en mi habitación, recuperándome, cuando entró el médico para preguntarme si todo iba bien y decirme que la prueba se había hecho con éxito, sin complicaciones. Cuando llegó al corazón, se percibía que efectivamente había ocurrido un infarto y había quedado como una cicatriz, pero que el problema ya no existía. Sonreí y acredité que se había obrado otro milagro».

Un favor más: una curación completa

«Cuando fui a mi cardiólogo con este informe médico, se quedó impresionado y me dijo: “Esperaba recibir a una paciente muy debilitada, que iría a depender de la medicación por el resto de su vida, que ya no

podría llevar una vida normal como antes, pues había visto los resultados de sus otras pruebas y constaté que su caso era muy grave. Pero confío plenamente en este informe que tengo en mis manos, porque usted ha tenido a uno de los mejores cardiólogos que conozco. ¡Fue mi profesor en la universidad!”».

Aun así, el médico solicitó otra prueba más, cuyo resultado confirmó los anteriores. Entonces dio por zanjado el asunto y le dijo a Sonia: «¡Su corazón es un corazón de atleta, trabaja muy bien! Puede usted seguir una vida normal, incluso hacer ejercicio, porque su corazón funciona muy bien».

Agradecida y contenta de haber encontrado en Dña. Lucilia, más que un auxilio, una verdadera madre, Sonia se despidió en estos términos:

«Por intercesión de Dña. Lucilia recibí la gracia de que me hicieran la prueba, porque ella misma me lo agendó, y además recibí la gracia de la curación. Así que sólo tengo que agradecerse y confiar en ella cada vez más».

La pérdida de una madre, el encuentro con otra

Desde tierras ecuatorianas nos escribe María Eugenia Ponce deseando agradecerle a Dña. Lucilia su intercesión en un período de gran dificultad que atravesó, cuando falleció su madre:

«Soy hermana de un miembro de la asociación Heraldos del Evangelio, de Ecuador. En abril de este año murió, con 104 años, mi madre, Lía Montesinos de Ponce, que fue esposa fiel y madre abnegada de diez hijos.

»En su último cumpleaños, recibí la visita de sus hijos, nueras y nietos. Celebramos la fecha con una hermosa eucaristía, a la que ella asistió con devoción, rosario en mano. En esa ocasión, mi hermano heraldo le llevó un ejemplar de la revista *Heraldos del Evangelio*, con un artículo sobre la vida de Dña. Lucilia, con quien no teníamos mucha relación. Le enseñó la foto de cerca y desde el primer momento hubo mucha empatía. Mi madre comentó: “¡Qué señora tan distinguida! ¡Sus cabellos son blancos como la nieve! Parece que está llorando, pero al mismo tiempo tiene una sonrisa preciosa. Parece muy serena y amable, una mujer de paz”.

»Mi hermano le contó que Dña. Lucilia tenía un pariente ciego al que, para ayudarlo y consolarlo, lo invitaba a menudo a cenar. Hablaban de lo que más le gustaba y, cuando veía que se le estaba acabando el plato, ella iba por un lado, sin que su



María Eugenia Ponce con su madre, Lía Montesinos, y su hermano Gustavo

«Mientras hablaba con la propietaria, miré una foto de Dña. Lucilia y le pedí ayuda. Y la mujer tuvo un cambio radical de actitud»

pariente lo percibiera, y le servía más. Mi madre comentó: “¡Qué amable es esta señora! ¡Qué encantadora es!”.

»En mi opinión, hubo un “clic” entre las dos, y Dña. Lucilia probablemente quería tenerla cerca, porque mi madre murió con mucha paz el 22 de abril —aniversario del nacimiento de Dña. Lucilia—, lo que me parece muy significativo».

Unos días después, María Eugenia telefonó a la propietaria del piso donde había vivido con su madre hasta entonces, porque se veía obligada a abandonarlo, al no poder asumir ella sola el pago del alquiler. Al principio, la propietaria se mostró inflexible: le expresó sus condolencias por la muerte de Lía, pero le anunció que tenía que subirle el importe de la renta. Entonces, con gran pesar, María Eugenia le comunicó que la llamada era precisamente para rescindir el contrato.

Sin embargo, Dña. Lucilia velaba por esa buena hija que aún lloraba la pérdida de su madre terrena y acudió a socorrerla en tan dolorosa situación. María Eugenia narra: «Mientras hablaba con la propietaria, miré una foto de Dña. Lucilia para pedirle ayuda. Y, ¡oh, sorpresa!, la mujer tuvo un cambio radical. Mientras cogía la foto de Dña. Lucilia y la ponía al lado del teléfono, escuchaba asombrada: “Pero, María Eugenia, no puedes dejar el piso. ¿Cuánto puedes pagar?”».

La cantidad de la que disponía era menos de la mitad del alquiler que pagaba con la ayuda de su madre. A pesar de ello, la propietaria del piso no vio ningún obstáculo para modificar el contrato, por lo que María Eugenia pudo permanecer en la misma vivienda, pagando un precio casi simbólico en concepto de alquiler.

La llamada telefónica terminó con ambas profundamente conmovidas, y María Eugenia nos escribe llena de gratitud:

«Me estremecí de emoción y exclamé al colgar el teléfono: “¡Esto es un milagro de Dña. Lucilia!”.

*«Recurrid a ella
con fe y con amor.
Doña Lucilia es una
gran intercesora ante
el Sagrado Corazón de
Jesús y el Inmaculado
Corazón de María»*

gracia que no me canso de agradecerle y de contar a todos los que puedo. Doña Lucilia ahora forma parte íntima de mi vida».

Solución para un problema cardíaco

Hay ciertas dificultades que nos afligen con mayor intensidad en la medida en que no vislumbramos una solución para ellas... Es lo que ocurre, por ejemplo, con ciertos problemas de salud, casi siempre inesperados, que nublan nuestra paz interior. Pero Dña. Lucilia, amante de la serenidad de espíritu que tanta falta le hace a los hombres de nuestro tiempo, sabe prestar la ayuda necesaria, pacificando los corazones y, si es preciso, curando los cuerpos.

Esto es lo que nos cuenta Gentil da Silva Cunha, feligrés de una de las capillas a cargo de los Heraldos del Evangelio de Mairiporã (Brasil):

«Hace unos meses pasé por muchas dificultades, con problemas de salud. Debía operarme y para eso me tendrían que anestesiar, pero el anestesista no me aprobó, porque tenía el corazón muy hinchado. Pasé un período muy nervioso y angustiado, realmente angustiado. Cuando fui al cardiólogo, le llamé la atención porque, conociendo mi problema, no me había puesto ninguna medicación. Volví a casa más preocupado, más nervioso y con más ansiedad. Y no podía dormir por la noche».



Gentil da Silva, con el informe médico de aprobación en su mano

Reproducción

En medio de esta aflicción, Gentil recibió la Unción de los Enfermos y le aconsejaron que pidiera la intercesión de Dña. Lucilia para solucionar su problema. Comenzó entonces una relación filial, ya que no sólo rezaba, sino que mantenía un diálogo constante con su intercesora, en medio de todos sus quehaceres. Unos días después, se sintió inspirado a consagrar su corazón al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, para obtener la curación por intercesión de Dña. Lucilia.

Hizo la consagración y nos cuenta el buen resultado: «Hoy doy testimonio de la gracia alcanzada por intercesión de Dña. Lucilia. Gracias a Dios, me encuentro muy bien y ya estoy preparado para la operación. Aquí tengo en mis manos el informe médico de la aprobación para llevarselo al anestesista».

Y así concluye Gentil sus palabras: «Hermanos míos, hermanas mías, vosotros, que quizá todavía no habéis oído hablar de Dña. Lucilia, o ya habéis oído, pero aún no recurris a ella, acudid a ella con fe y con amor. Doña Lucilia es una gran intercesora ante el Sagrado Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María». ✧

Fotos: Nuno Moura



Portugal – El 12 de octubre, mil cien miembros del Apostolado del Oratorio María, Reina de los Corazones se reunieron en el santuario de Nuestra Señora de Sameiro (Braga) para un nuevo encuentro regional. En esta ocasión, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María fue solemnemente coronada y los presentes se consagraron como esclavos de amor a la Santísima Virgen.

Alain Patrick



Fotos: Rogerio Baldasso

Italia – La Iglesia de Santa María de la Salud, de la comuna de Massa Lubrense (Nápoles), abrió sus puertas para recibir la visita de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María, del 17 al 20 de octubre. Celebraciones eucarísticas, rezo del rosario, catequesis y visitas a comunidades religiosas y enfermos marcaron los días de misión.

Fotos: Federico Monzón



Xavier Jacob

Paraguay – Numerosos fieles acudieron al centro de eventos Paseo La Galería, de Asunción, para participar en un homenaje al Inmaculado Corazón de María realizado el 20 de octubre, que incluyó una conferencia del P. Manuel Rodríguez Sancho, EP (fotos 1 y 2). Igualmente dichosa fue la misa por la última aparición de la Santísima Virgen en Fátima, celebrada en la catedral metropolitana el 13 de octubre (foto 3).

Para María, todo

En los últimos meses, nuevas tandas del curso de consagración a la Santísima Virgen, ofrecido por la Plataforma de Formación Católica Reconquista, hicieron su solemne entrega como esclavos de amor, según el método de San Luis María Grignon de Montfort. De las ceremonias presenciales que se realizaron en todo el continente americano, desde Canadá, Estados Unidos, México, pasando por Guatemala, El Salvador, Costa Rica, República Dominicana, hasta Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia,

Chile, Paraguay, Argentina y Uruguay, cabe destacar las numerosísimas ciudades de Brasil donde se llevaron a cabo: Manaus, Belém, Fortaleza, Moreno, Lauro de Freitas; Brasília; Cuiabá; Campo Grande; Cariacica; Joinville; Belo Horizonte, Juiz de Fora y Montes Claros; Maringá, Ponta Grossa y Piraquara; São Paulo, Caieiras, Cotia, São Carlos y Ubatuba; Río de Janeiro, Nova Friburgo, Campos dos Goytacazes y Miracema. También hubo celebraciones en España y Portugal.



Caieiras (Brasil)



Estados Unidos



Tocancipá (Colombia)



España



México



Paraguay



Cotia (Brasil)



El Salvador



Piraquara (Brasil)



São Paulo



Juiz de Fora (Brasil)



Fotos: Marjolie Taniguchi / Anna Nguyen / Edwin Rosario

República Dominicana – Durante todo del mes de octubre, las hermanas de los Heraldos del Evangelio llevaron a cabo una gran misión mariana en el país. La imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María visitó parroquias, unidades de enseñanza primaria, secundaria y universitaria, hospitales, residencias de ancianos, casas religiosas, hogares, centros comerciales y emisoras de radio, en las ciudades de Santo Domingo, Bonao, La Vega, Punta Cana, Jarabacoa, Santiago y Barahona. Sobre estas líneas, aspectos de la misión en la capilla de la Universidad Católica de Santo Domingo (foto 1) y en el Hospital Robert Reid Cabral (foto 2), de la capital; en los colegios Happy Kids Learning Center (foto 3) y Getsemaní (foto 5) de Bonao; en el Hospital Traumatológico Juan Bosch (foto 4) y en el Hospital Luis Manuel Morillo King (foto 6), de La Vega.



Jesse Arce

Generato Robins

Francisco Tobón

Colombia – En octubre, los cooperadores de los Heraldos del Evangelio se congregaron para un encuentro nacional, sobre el tema «Revolución en las tendencias» (foto 1). En septiembre, miembros de los heraldos participaron en la procesión en honor de Nuestra Señora de los Dolores de Entreríos, Antioquia (foto 2), y numerosos fieles se reunieron en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima, de Tocancipá, para recibir un distintivo específico para los que ya se han consagrado a la Santísima Virgen (foto 3).



Fotos: Stephen Nami

Brasil – Con motivo del decimoquinto aniversario de la fundación de la parroquia de Nuestra Señora de las Gracias, numerosos fieles se reunieron en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras, para participar en una solemne celebración eucarística, presidida por Mons. Sergio Aparecido Colombo, obispo de Bragança Paulista, seguida de una procesión con los santos patrones de las distintas iglesias, oratorios y capillas que componen la parroquia.

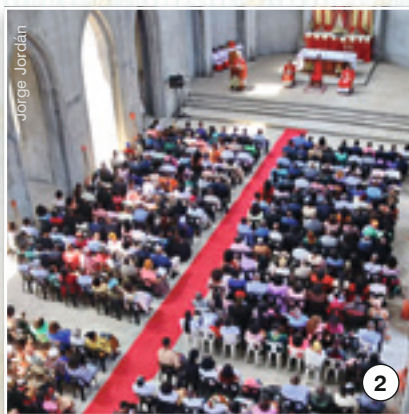


Devanildo Gomes

Cristiane Rodrigues

Sergio Céspedes

Tardes con María – Con el fin de ofrecerles un mayor conocimiento sobre las excelencias de la Santísima Virgen a quienes ya se han consagrado a Ella como esclavos de amor, en octubre se promovieron las «Tardes con María» en las ciudades brasileñas de Cariacica (foto 1) y Río de Janeiro (foto 2), con la presencia del P. Ricardo José Basso, EP. El mismo sacerdote también predicó un retiro para matrimonios en São Paulo (foto 3).



Jesse Arce

Jorge Jordán

Leonardo Leibante

Sacramento de la Confirmación – Solemnes eucaristías con la administración del sacramento de la Confirmación fueron celebradas en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima de Tocancipá, Colombia, por Mons. Héctor Cubillos Peña, obispo de Zipaquirá (foto 1); en la construcción de la futura iglesia de los heraldos de Maputo, por Mons. Luis Miguel Muñoz Cárdena, nuncio apostólico en Mozambique (foto 2); y en la iglesia de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, de Juiz de Fora, Brasil, por Mons. Gil Antonio Moreira, arzobispo metropolitano (foto 3).



Cincuenta años de la Peregrinación Juvenil al santuario de Luján

Bajo el lema *Madre, bajo tu mirada buscamos la unidad*, del 5 al 6 de octubre se llevó a cabo la 50.ª Peregrinación Juvenil al santuario de Nuestra Señora de Luján (Argentina). En esta edición, se estima que más de dos millones de jóvenes de la archidiócesis de Buenos Aires, organizadora del evento, recorrieron a pie más de 60 kilómetros para presentarse ante la patrona del país.

El evento culminó con varias celebraciones eucarísticas en el santuario y con la tradicional misa celebrada en la plaza Belgrano, frente a la basílica de Luján.



Cirio de Nazaré atrae a millones de brasileños

La procesión del Cirio de Nazaré, uno de los acontecimientos religiosos más importantes en Brasil, congregó este año a más de dos millones de devotos de todo el país. La berlina que transportó a la imagen de Nuestra Señora de Nazaret desde la catedral metropolitana de Belém hasta la basílica de Nazaré tardó cinco horas en completar un recorrido de 3,7 kilómetros.

A lo largo del trayecto, una compacta multitud se disputaba el espacio —como ya es tradición— para agarrar la cuerda de sisal de 400 metros de largo que está atada al vehículo. Tal costumbre se remonta a 1885, cuando el oratorio quedó anegado por una inundación y los devotos tuvieron que liberarlo con la ayuda de una cuerda.

La emblemática procesión, que este año se celebró por 232.ª vez, representa un punto álgido en la devoción popular de la región, ya que Nuestra Señora de Nazaret es la patrona del estado de Pará y también la Reina de la Amazonia.

La oración a San Miguel Arcángel cumple 140 años

El famoso exorcismo breve, reza-do al príncipe de la milicia celestial, el arcángel San Miguel, ha cumplido 140 años de existencia. La redacción de esta oración se produjo después de una visión mística que tuvo el papa León XIII el 13 de octubre de 1884.

Según contó el pontífice, después de celebrar la santa misa, mientras conversaba con algunos cardenales, vio a Satanás afirmando ante el trono de Dios que podía llevar a toda la humanidad al infierno y destruir a la Iglesia si se le concedía cien años de libertad para actuar. Profundamente impresionado con la visión, León XIII escribió de inmediato una oración al arcángel San Miguel, protector de la Santa Iglesia, y ordenó que se rezara al final de las misas.

Aunque la obligatoriedad del rezo de esta oración fue abolida durante el Concilio del Vaticano II, sigue formando parte del acervo de oraciones recomendables para cada católico que desee tener el auxilio y la protección de San Miguel en las luchas contra las huestes infernales de nuestros días.

Exposición de dulces conventuales en Portugal

La diócesis de Santarém (Portugal) promovió durante el mes de octubre

la octava edición de la *Exposición de dulces conventuales y artes del claustro*, una iniciativa que se está convirtiendo en tradición en el país. El evento no sólo tiene como objetivo dar a conocer los productos monásticos, sino también favorecer momentos de convivencia entre numerosos institutos religiosos, con el fin de conocerse más profundamente en sus respectivas costumbres y carismas.

La muestra contó con espacios dedicados a los niños y las familias, demostraciones culinarias de recetas conventuales, realizadas por religiosas y por estudiantes de pastelería de la Escuela Profesional Valle del Tajo, y distintas presentaciones culturales. Este año participaron los benedictinos de Sineverga, las monjas cistercienses y las de la cartuja de Évora, las carmelitas de Bande, las clarisas de Louriçal, las monjas de Belém, las benedictinas de Roriz y las hermanitas de Jesús.



Descubren restos de la iglesia más antigua de Armenia

Arqueólogos de la Academia Nacional de Ciencias de Armenia y de la Universidad de Münster han descubierto las ruinas de una iglesia que probablemente sea la más antigua de Armenia y del mundo. Tras seis años de excavaciones en la región de la ciudad de Artaxata, en el actual territorio de la provincia de Ararat, los investigadores pudieron trazar la planta octogonal del recinto sagrado, datando su construcción en unos 1.700 años.

La iglesia, que tenía 30 metros de diámetro, estaba revestida en su interior con baldosas de terracota y mortero, e incluso mármol importado del Mediterráneo. Pese al avance de las

obras, aún quedan muchos detalles por dilucidar como, por ejemplo, el patrón al que estaba dedicado el templo y las causas de su desaparición.

Segundo patrocinador mundial de las misiones

España es el segundo país en la lista de los que más donativos dan a las misiones en todo el mundo. Las estadísticas muestran que, a lo largo de 2023, se recaudaron más de 13 millones de euros destinados a apoyar casi 900 iniciativas misioneras.

Por otro lado, España ostenta el título de primera nación en número de misioneros: 9.932, de los cuales más del 50 % actúa fuera del país. El continente con mayor presencia de españoles en las misiones es América, donde se encuentra el 66,27 % de los misioneros que están en territorio extranjero, seguido de Europa, África, Asia y, finalmente, Oceanía.

Aumenta el nivel global de persecución a los cristianos

La fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada publicó su informe oficial con datos sobre la persecución religiosa, según el cual ha habido un aumento constante de manifestaciones violentas y opresivas contra los cristianos en todo el mundo. El documento, titulado *Perseguidos pero no olvidados – 2022/2024*, presenta

datos concretos y analiza el estado de la libertad religiosa de los cristianos en dieciocho países.

Según el informe, el epicentro de la persecución se ha trasladado de Oriente Medio a África, lo que ha provocado migraciones masivas de cristianos que hoy viven desprotegidos y privados de los derechos más básicos. Por otro lado, en naciones como China, India y Nicaragua, la persecución proviene de gobiernos cada vez más autoritarios, donde los católicos se enfrentan a serias restricciones, detenciones en masa y confiscación de lugares de culto.

El estudio también aborda otros temas, como los violentos ataques contra los cristianos en Pakistán, los riesgos que corren las mujeres y niñas sometidas a conversiones y matrimonios forzados, y los secuestros, intimidaciones y expulsiones de clérigos, que han aumentado en todo el mundo.



Ofrenda floral a la Virgen del Pilar bate un nuevo récord

La tradicional ofrenda floral a la Virgen del Pilar, realizada con motivo

de su festividad el 12 de octubre en Zaragoza, batió este año un récord histórico. En efecto, las autoridades locales registraron el paso de 409.867 devotos por la plaza del Pilar, que desfilaron organizados en grupos familiares, parroquiales o de asociaciones diversas, desde primeras horas de la mañana hasta poco antes de la medianoche.

La ofrenda de ese año superó las expectativas, tanto en el número de ofertantes como en el tiempo empleado, convirtiéndose en una demostración del amor y de la devoción que anima al pueblo aragonés por su celestial patrona.

Procesión eucarística en Nueva York atrae a miles de fieles

La organización católica Napa Institute promovió el 15 de octubre su procesión eucarística anual en la ciudad de Nueva York, atrayendo a las calles de Manhattan a más de un centenar de sacerdotes y religiosos de diversos institutos, así como a miles de devotos de la Eucaristía.

El evento, que cumplía su 5.ª edición, empezó con una solemne eucaristía celebrada en la catedral de San Patricio por el arzobispo de Oklahoma City, Mons. Paul Stagg Coakley, seguida de la bendición del Santísimo Sacramento dada por el cardenal Timothy Michael Dolan, arzobispo de Nueva York.



Suscribase gratis en
ES.GAUDIUMPRESS.ORG

Siga aquí las principales noticias
de la Iglesia católica
en el mundo y en el Vaticano



Un cuento de abandono y confianza

«Es ahora o nunca. Sólo hay una manera de salvarme», pensó el conejo, mientras el arma del cazador y las furiosas miradas de los perros le apuntaban.



✠ Hna. Cecilia Grasielle Ramos Leverman, EP

Entre los fundamentos de la pequeña vía abierta por Santa Teresa del Niño Jesús se encuentran el abandono y amor filiales que debemos tener hacia Dios, aun cuando lo consideremos como justo Juez al que daremos cuenta de todas nuestras acciones. Nos basta el humilde reconocimiento de nuestra debilidad, porque un padre no castiga al hijo que se acusa, sino que lo estrecha junto a su corazón.

Entre los relatos biográficos de la santa de Lisieux, se cuenta que transmitió esta preciosa lección a su inseparable hermana Celina al recordar un cuento que ambas habían leído en su infancia.¹ La historia no ha registrado los detalles de esa inocente narración, pero bien podemos imaginarlos...

* * *

Cierto día, un rey muy poderoso se preparaba para una gran cacería en sus dominios. Antes de partir, le preguntó a uno de sus sirvientes:

—Umberto, ¿está todo listo?

—Sí, majestad, los perros reales ya están en la entrada del bosque.

—Entonces, ¡vamos! ¡La mañana promete!

Ese día, algunos perros de caza comenzarían su «carrera», tras meses de exhaustivo entrenamiento. ¡Eran bastantes! Habían sido adiestrados para encontrar y acorralar a

la presa, aunque nunca la atacarían sin una orden, pues le correspondía al rey dar el tiro certero.

Ahora bien, en aquel bosque vivía un conejo muy blanco que se consideraba impresionantemente rápido y que demostraba una osadía fuera de lo común, por lo que todos los animales lo llamaban Valiente. Sin embargo, mayor que su coraje era su orgullo...

Mientras caminaba garboso por la fresca hierba, escuchó un alboroto. Se apoyó sobre sus patitas traseras y levantó sus grandes orejas, percibien-

do inmediatamente que se trataba de una carrera: «Seguro que esos cobardes animaluchos han avistado otro depredador», pensó.

Decenas de animales pasaron delante de él alertándole del peligro:

—¡Corre, Valiente! —le dijo doña Corza.

—Esta vez no es un cazador cualquiera, pues su séquito es numeroso —comentaba sin aliento el Sr. Patavo, un sabio pato.

—¡Síguenos! —le aconsejó Horacio, el viejo jabalí—. Nos refugiaremos al otro lado del bosque.



Ilustraciones: Tatiana Villegas

Los perros gruñían y ladraban alrededor de Valiente, haciendo que su corazoncito se acelerara y su cuerpo temblara de miedo

Con sus cuatro patitas ya puestas en el suelo, tranquilo pero arrogante, Valiente les contestaba:

—¡Sois todos unos miedosos! Siempre he logrado enfrentarme a todos los peligros. Ah, esta será otra ocasión en la que todos huiréis, mientras yo me mostraré audaz y veloz.

Así que el presuntuoso conejo se subió a una roca a esperar el enfrentamiento. Al rato, vio acercarse un opulento grupo de perros, que movían sus colas enérgicamente. Todavía seguro de sí mismo, pensó: «¡Saldré bien de ésta como siempre!».

En el lado opuesto, el paje le preguntó a su señor:

—Majestad, los perros han detectado una presa. Están muy inquietos.

—Suéltalos. Veamos si hacen bien su trabajo.

En cuanto la jauría se sintió libre, corrió hacia Valiente. Para demostrar su agilidad, el conejo sólo empezó a huir cuando aquella se encontraba a unos metros de distancia. De hecho, ¡era muy rápido! Pero ¿qué significaba eso en comparación con esos perros de pura raza eximiamente entrenados para cazar?

¡Pobre animalito!... En determinado momento su agotamiento llegó al extremo. El pequeñito objetivo ya no podía esquivar a tan diestros perseguidores. Valiente iba disminuyendo la velocidad debido al cansancio hasta que... ¡quedó acorralado! Rodeado de la guarnición canina, se dio cuenta de su férreo orgullo, reconoció su debilidad y contingencia:

—¡Ay, Dios mío! Si hubiera aceptado los consejos de los otros animales no estaría enfrentándome a la muerte. Esta desgracia se debe a mi gran arrogancia...

A su alrededor, los perros enseñaban sus afilados dientes, gruñían, ladraban y echaban espuma. El miedo se apoderó de su corazoncito y temblaba todo su cuerpo.

Entonces se acercó el criado y, justo detrás de él, el monarca, que se había bajado de su corcel.

—Umberto, los perros me han sorprendido. Demostraron una disciplina y una obediencia completas. Enhorabuena por su buen adiestramiento.

—¡Que todo se haga para servicio de su majestad!

A una orden, las fieras abrieron paso al rey. Cuando la presa levantó la vista y vio acercarse a aquel hombre, lo reconoció: «¡Oh! ¡Éste es el dueño del hermoso castillo de la montaña! Siempre he oído hablar bien de él...».

El monarca se detuvo frente a Valiente, dispuesto a quitarle la vida. En aquel ínterin, en una fracción de segundo, Valiente concluyó: «Sólo hay una manera de salvarme. Es ahora o nunca». En un acto de absoluta confianza, tomó un último aliento, se inclinó en reverencia, cogió impulso y... saltó a los brazos del rey. Éste, sorprendido y viendo tal abandono, se encariñó con el animalito y no permitió que lo tocaran. Lo sujetó con cuidado y se lo llevó consigo.

Pero la historia de Valiente no acabó ahí.

Se montó en el caballo, salió del bosque, atravesó los jardines reales y entró en el castillo. ¡Todo ello en brazos del rey! Por muy maravillosos que fueran los ambientes de su entorno, Valiente no prestaba atención a nada más que a su salvador. Era agradable ver cómo el conejito estaba tan sereno en los brazos de su protector.

Al entrar en una de las habitaciones, oyó una voz muy dulce:

—Papá, ¿cómo ha ido la cacería de hoy? —era la hija del monarca.

Éste se sentó a su lado y le enseñó lo que llevaba.

—Mi pequeña reina —le dijo—, la cacería de hoy ha sido especialmente para ti.

La niña abrió los ojos de par en par, pasó delicadamente los dedos por el suave pelaje de Valiente y, en



Valiente pasó a llamarse Confianza, pues por esta virtud merecía convivir con la familia real

un gesto de gratitud, besó y abrazó a su padre y rey.

Evidentemente, la princesa estaba encantada. Cuidó del animalito con mucho amor e hizo de él su compañía favorita. Le puso el nombre de Confianza, pues gracias a esta virtud el conejo merecía convivir con la familia real.

* * *

He aquí la actitud que debemos adoptar ante el Rey de reyes. Si el miedo a la justicia divina, que en este cuento está representada por los perros de caza, nos asalta y perturba, el único refugio que podemos encontrar son los brazos de nuestro Juez y Padre.

No permitamos nunca que nuestro corazón se turbe a causa de nuestras miserias. Éstas no importan siempre y cuando reconozcamos nuestras faltas, pidamos perdón de ellas y nos abandonemos al amor del Sagrado Corazón de Jesús. De grandes pecadores, podemos pasar a convertirnos en hijos predilectos, porque, además de la protección de nuestro Redentor, recibiremos las caricias de la Virgen, bajo cuyos cuidados está todo aquel que confía. ✧

¹ Cf. SANTA TERESA DE LISIEUX. *Conselhos e lembranças*. 7.^a ed. São Paulo: Paulus, 2006, p. 52.

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. I Domingo de Adviento.

San Nahúm. Profeta del Antiguo Testamento que, en sus exhortaciones, mostraba a Dios como regente de la historia y justo juez de las naciones.

2. Santa Bibiana, mártir (s. inc.).

Víctima de la persecución por parte de Juliano el Apóstata. El papa San Simplicio construyó una iglesia en su honor en el Esquilino, Roma.

3. San Francisco Javier, presbítero (†1552 Shangchuan, China).

San Birino, obispo (†c. 650). Enviado como misionero a los anglos por el papa Honorio I, consiguió convertir al rey Cinigilso y estableció su sede episcopal en Dorchester.

4. San Juan Damasceno, presbítero y doctor de la Iglesia (†c. 749 Mar Saba, Israel).

Beato Simón Yempo, mártir (†1623). En su juventud ingresó en un monasterio budista, pero luego abrazó la fe católica. Fue preso y condenado a la hoguera durante las persecuciones en Japón.

5. Beato Bartolomé Fanti, presbítero (†1495). Sacerdote carmelita que predicaba con la palabra y el ejemplo el amor a la Eucaristía y la devoción a María.

6. San Nicolás, obispo (†s. IV Mira, actual Turquía).

Santa Dativa y compañeros, mártires (†s. V). En África septentrional, padecieron atroces sufrimientos durante la persecución promovida por el arriano Hunerico, rey de los vándalos.

7. San Ambrosio, obispo y doctor de la Iglesia (†397 Milán, Italia).

Santa María Josefa Rossello, virgen (†1880). Fundó el Instituto

de las Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia en Savona, Italia.

8. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María.

San Eutiquiano, papa (†283). Gobernó la Iglesia después de San Félix I. Fue el vigésimo sexto sucesor de San Pedro.

9. San Juan Diego Cuauhtlatotzin (†1548 Ciudad de México).

San Pedro Fourier, presbítero (†1640). Escogió para ejercer su ministerio la paupérrima parroquia de Mattaincourt, Francia, y fundó el Instituto de Canonas Regulares de San Agustín.

10. Bienaventurada Virgen María de Loreto.

Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir (†c. 304 Mérida, España).

11. San Dámaso I, papa (†384 Roma).

Beato Francisco Lippi, ermitaño (†1292). Militar de vida libertina, perdió la vista y, arrepentido, viajó en peregrinación a Santiago de Compostela, donde se curó. Regresó a Italia y se hizo ermitaño carmelita.

12. Nuestra Señora de Guadalupe, patrona de América y Filipinas.

San Finiano, abad (†549). Fundó varios monasterios en Irlanda, incluido el de Clonard, donde murió.

13. Santa Lucía, virgen y mártir (†c. 304/305 Siracusa, Italia).

Beato Juan Marinoni, presbítero (†1562). Sacerdote de la Orden de los Teatinos, se dedicó junto a San Cayetano a la reforma del clero y a ayudar a los necesitados.

14. San Juan de la Cruz, presbítero y doctor de la Iglesia (†1591 Úbeda, España).

San Venancio Fortunato, obispo (†d. 600). Prelado de Poitiers, Francia, compuso himnos a la santa cruz de Nuestro Señor Jesucristo y escribió las gestas de muchos santos.

15. III Domingo de Adviento «Gaudete».

Santa María Crucificada de Rosa, virgen (†1855). Gastó todas sus riquezas y consagró su vida a la salvación espiritual y material del prójimo. Fundó en Brescia, Italia, la Congregación de las Siervas de la Caridad.

16. Santa Adelaida, emperatriz (†999). Esposa del emperador Otón I, se mostró llena de caridad para con los indigentes y construyó varias iglesias y monasterios.

17. San Judicael, rey (†c. 650). Soberano de Bretaña, restableció la concordia entre bretones y francos y, tras abdicar del trono, pasó el resto de su vida en la abadía de Saint-Méen, Francia.

18. San Vinebaldo de Heidenheim, abad (†761). Junto con su hermano San Vilibaldo, siguió a San Bonifacio para evangelizar a los pueblos germánicos.

19. San Francisco Javier Hà Trong Máu y compañeros, mártires (†1838). Terciario dominico y catequista estrangulado junto con sus compañeros en Bac-Ninh, Vietnam, por negarse a pisar una cruz.

20. San Zeferino, papa (†217/218). Gobernó la Iglesia durante dieciocho años, teniendo como auxiliar al diácono San Calixto. Su pontificado estuvo marcado por la lu-

cha contra las herejías acerca de la Santísima Trinidad.

21. San Pedro Canisio, presbítero y doctor de la Iglesia (†1597 Friburgo, Suiza).

Beato Domingo Spadafora, presbítero (†1521). Nacido en Sicilia, de familia ilustre y adinerada, recibió esmerada educación enriquecida con principios religiosos. En su juventud se hizo dominico en Palermo. Fue un destacado predicador y ejerció importantes cargos en la orden.

22. IV Domingo de Adviento.

Santa Francisca Javier Cabrini, virgen (†1917). Fundadora del Instituto de las Hermanas Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. De origen italiano, murió en Estados Unidos, país donde se dedicó con excelente caridad al cuidado de los inmigrantes.

23. San Juan de Kety, presbítero (†1473 Cracovia, Polonia).

San José Cho Yun-ho, mártir (†1866). Asesinado a golpes cuando aún era joven, en Tjyen-Tiyon, Corea, por seguir los pasos de su padre, el también mártir San Pedro Cho Hwa-sö.

24. Santa Tarsila, virgen (fs. vi). Tía de San Gregorio Magno, quien elogió su ejemplar vida de oración, recogimiento y penitencia.

25. Solemnidad de la Natividad del Señor.

Beata Antonia María Verna, virgen (†1838). Fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de la Inmaculada Concepción de Ivrea, en Turín, Italia.

26. San Esteban, diácono y protomártir.

Beato Secondo Pollo, presbítero (†1941). Como capellán castrense durante la Segunda Guerra Mundial, murió en Montenegro tras ser alcanzado por una bala mientras asistía a un soldado herido. En sus manos llevaba el rosario y los santos óleos.

27. San Juan, apóstol y evangelista.

Beata Sara Salkahazi, virgen y mártir (†1944). Miembro de la Congregación de Religiosas de la Asistencia, fue fusilada en Hungría, junto al río Danubio.

28. Los Santos Inocentes, mártires.

San Antonio de Lérins, monje (†c. 520). Tras muchos años de vida eremítica, terminó sus días en el monasterio de Lérins, Francia.

29. Fiesta de la Sagrada Familia, Jesús, María y José.

Santo Tomás Becket, obispo y mártir (†1170 Canterbury, Inglaterra).

San Marcelo, abad (†c. 480). Superior del monasterio de Acemetes en Constantinopla, donde día y noche, sin parar, los monjes cantaban el oficio divino, divididos en varios coros.

30. San Félix I, papa (†274). Rigió la Iglesia durante el gobierno del emperador Aureliano.

31. San Silvestre I, papa (†335 Roma).

Santa Columba, virgen y mártir (fs. iv). Habiendo sido arrestada en Sens, Francia, a los 16 años, se negó a abandonar la fe y fue decapitada por orden del emperador Aureliano.



«Matanza de los inocentes», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Gustavo Kralj

Reconciliando lo ínfimo con lo supremo

Embelesados por la melodía e inundados por el ambiente de contemplación, podemos notar un tenue resplandor que incide sobre una imagen de María Santísima, al mismo tiempo que el canto-oración deleita nuestro espíritu.

✠ Santiago Vieto Rodríguez



Imaginemos una hermosa y recogida capilla. La suave luz que incide sobre el vitral policromado, cálida y acogedora, da la sensación de enriquecerse con la sublime melodía gregoriana que se acaba de cantar: el himno *Alleluia Virga Iesse*. Es natural que se armonicen con perfección dos maravillas que brotaron de la misma fuente: ¡la Santa Iglesia!

Por si no fueran suficientes estos instrumentos de los que la gracia se sirve para actuar sobre nuestra alma, embelesados por la melodía e inundados por el ambiente de contemplación, también podemos notar en la capilla un tenue resplandor que cae sobre una imagen de María Santísima, al mismo tiempo que el canto-oración deleita nuestros oídos e intelecto con verdadera profundidad.

En ese momento, tenemos la impresión de que nos hemos substraído de la vida ordinaria, alzándonos a una esfera donde lo

celestial y lo terrenal se tocan. De hecho, ésta es una característica destacadísima en María: al ser mera criatura —perfecta, recordémoslo— abraza lo creado, para elevarlo al Creador. En palabras del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira, la Santísima Virgen «es la grapa de oro que une a Nuestro Señor Jesucristo toda la creación, de la cual Ella es el ápice y la suprema belleza».¹

Esto es lo que el canto gregoriano *Alleluia Virga Iesse* pone de relieve. En medio de una desconcertante sencillez, nos topamos con un rico horizonte espiritual, que se revela tanto en sus melismas como en una letra cargada de densidad teológica y de conmovedora piedad: «Alleluia, la Vara de Jesús ha florecido (cf. Is 11, 1), la Virgen ha engendrado a quien es Dios y hombre. Dios ha restaurado la paz, reconciliando lo ínfimo con lo supremo».

El cumplimiento de la poética profecía da lugar al gran miste-

rio teológico, que encierra una paradoja divina: por amor, el Infinito e Increado erigió para sí una morada, un paraíso adornado de virtudes, aprisionándose en el vientre de una madre inmaculada, como en un «huerto cerrado» (cf. Cánt 4, 12), ¡para redimirnos!

¡Qué grandeza la de María! Ya en los primeros siglos de la cristiandad, sus devotos no dudaron en reconocer su incomparable superioridad, cantando: «No sé con qué alabanzas podré engrandecerte, porque aquel a quien los Cielos no pudieron contener ha descansado en tu seno (cf. 1 Re 8, 27)».

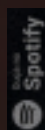
A través de Nuestra Señora, la Inmensidad se hizo pequeña, para que los pequeños se hicieran inmensos. Esta bendita e inigualable «grapa de oro» es el canal necesario, establecido por la Trinidad omnipotente, para que el Cielo descendiera hasta nosotros y la tierra se eleve a la bienaventuranza.


* * *

El melodioso timbre del gregoriano dio paso al silencio en la acogedora capilla, el transcurso de las horas alejó de los vitrales los rayos del astro rey, la imagen de la Santísima Virgen volvió, entonces, a su




Escuche el himno
Alleluia Virga Iesse
directamente en su teléfono móvil





color natural. Pero la gracia sigue resonando en nuestro interior, infundiéndonos la certeza de que la Madre de Dios es también nuestra Madre, nuestro refugio perenne y maternal en cualquier situación: «Aleluya, la Vara de Jesé ha florecido, la Virgen ha engendrado a quien es Dios y hombre. Dios ha restaurado la paz, reconciliando lo ínfimo con lo supremo». ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio.
«O grampo de ouro». In: *Dr. Plinio*.
São Paulo. Año XXI. N.º 242 (mayo,
2018), p. 36.



San Juan Evangelista, de Lippo
Memmi - Galería de Arte de la
Universidad de Yale, New Haven
(Estados Unidos)

Precursor en la lucha contra la herejía

San Juan Evangelista fue uno de los primeros luchadores contra la herejía, que nacía en su tiempo, respecto de las relaciones entre las naturalezas humana y divina de Nuestro Señor Jesucristo. Así, el apóstol vir-

gen, el apóstol del Corazón de Jesús, el apóstol que recibió a Nuestra Señora como madre, fue también el precursor de todos los luchadores por la fe hasta el fin del mundo.

Plínio Corrêa de Oliveira